

**EL NIÑO
CON
EL PIJAMA
DE
RAYAS**

JOHN BOYNE

(VERSIÓN EN LECTURA FÁCIL)

Autor:

John Boyne

(Versión en lectura fácil)

© CADIS HUESCA

Huesca, 2009

Edita: CADIS HUESCA (Coordinadora de Asociaciones de Personas con Discapacidad),

www.cadishuesca.es

Financia la publicación:

D. L.: HU. xxx/2009

Ilustraciones: Eduardo Alós

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| Presentación..... | 5 |
| 1. El descubrimiento de Bruno | 7 |
| 2. La casa nueva | 11 |
| 3. La tonta de remate..... | 17 |
| 4. Lo que vieron por la ventana..... | 25 |
| 5. Prohibido Entrar Bajo Ningún Concepto y Sin Excepciones (el despacho de Padre)..... | 31 |
| 6. La criada con un sueldo excesivo | 41 |
| 7. El día que Madre se atribuyó el mérito de algo que no había hecho | 49 |
| 8. Por qué la Abuela se marchó furiosa..... | 57 |
| 9. Bruno recuerda que le gustaba jugar a los exploradores..... | 63 |
| 10. Bruno encuentra a Shmuel | 69 |
| 11. Shmuel contesta a Bruno | 77 |
| 12. La botella de vino..... | 83 |
| 13. Bruno cuenta una mentira muy razonable | 91 |
| 14. Una cosa que no debería haber hecho..... | 99 |
| 15. El corte de pelo | 107 |
| 16. Madre se sale con la suya | 113 |
| 17. Cómo se ideó la aventura final | 119 |
| 18. Lo que pasó el día siguiente | 125 |
| 19. El último capítulo | 133 |

PRESENTACIÓN DE LA OBRA

El niño con el pijama de rayas es una novela escrita en el año 2006 por el autor irlandés John Boyne. La acción se narra desde la visión de Bruno, hijo de un oficial del ejército alemán que se traslada, junto a su familia, desde Berlín (capital de Alemania) a un lugar llamado “Auchviz” que no es sino el campo de concentración de prisioneros de Auschwitz, que se encuentra en Polonia. Bruno se hace amigo de un niño judío llamado Shmuel que vive dentro del campo de prisioneros, al otro lado de una verja y que, como otras personas en ese lugar, viste un “pijama de rayas”.

La acción se narra desde el punto de vista de Bruno, el hijo de 8 años de un jefe militar. La familia de Bruno se ve obligada a abandonar Berlín cuando a su padre lo destinan para trabajar en el campo de concentración de Auschwitz. La familia acepta el cambio con resignación, pero no les gusta nada dejar Berlín, que es la ciudad en la que vivían.

Desde la ventana de su nueva habitación, Bruno ve una verja tras la cual hay personas que siempre llevan puesto un “pijama a rayas”; en realidad se trata de judíos prisioneros. Explorando los alrededores de su nuevo hogar, Bruno conoce, al otro lado de la valla de seguridad del campo, a un niño judío llamado Shmuel, que es de Polonia. Shmuel le cuenta la historia de cómo llegaron allí y las terribles condiciones de la vida en el campo de prisioneros. Bruno se hace amigo de Shmuel y le visita a menudo, llevándole comida. Después de pasado mucho tiempo, un día la madre de Bruno decide que el campo no es un lugar adecuado para vivir con su familia y toma la decisión de volver a Berlín.

Antes de irse, Bruno visita a Shmuel para despedirse y éste le cuenta que no encuentra a su padre y Bruno le promete ayudarlo a buscarlo. Entra en el campo por debajo de la verja y se pone un uniforme de preso que le proporciona su amigo. No consiguen encontrar al padre de Shmuel y comienza a llover, por lo que Bruno quiere volver a casa.

EL AUTOR

Esta novela la escribe **John Boyne**, que nació en Dublín, capital de Irlanda, en 1971. **John Boyne** es escritor, se formó en el Trinity College de Dublín y en una universidad de Inglaterra. Es autor de varias novelas, la primera la escribió en el año 2000 y su éxito lo ha tenido con ***El niño con el pijama de rayas***, que ha sido traducida a más de treinta idiomas.

PERSONAJES QUE APARECEN EN LA OBRA

- Bruno y su familia: Gretel (hermana de Bruno), Padre, Madre, Abuelo y Abuela.
- María, que es la criada de la familia de Bruno.
- Teniente Kotler, está a las órdenes del padre de Bruno.
- Pavel es un prisionero judío que ayuda en la casa de Bruno a pelar hortalizas y a servir la mesa.
- El profesor Liszt enseña a Bruno y Gretel cuando están en Auchviz.
- Shmuel es el niño polaco y judío, que está prisionero en el campo de concentración de Auchviz y se hace amigo de Bruno.

CAPÍTULO 1

EL DESCUBRIMIENTO DE BRUNO



Una tarde, Bruno llegó a su casa después de salir del colegio y se encontró con María, la criada, metiendo sus cosas en cajas de madera y sus vestidos en maletas.

—¿Qué haces? —preguntó Bruno a la criada con mucha educación, aunque no le gustaba que le tocaran sus cosas. Su Madre le decía que tratara con respeto a la criada; todo lo contrario de lo que hacía su Padre.

María no contestó y señaló a la madre del niño, que entraba en la habitación. La madre de Bruno era alta, con un largo cabello pelirrojo. Estaba nerviosa.

–Madre, ¿por qué María está revolviendo mis cosas?
–preguntó Bruno.

–Está haciendo las maletas –respondió la Madre.

Bruno pensó si lo hacía porque se había portado mal, pero no recordó nada negativo de su comportamiento; pensaba que se había portado muy bien últimamente. Entonces Bruno le preguntó a su madre:

–¿Por qué? ¿Qué he hecho?

Pero su Madre no le contestó porque se había ido a su cuarto a recoger sus cosas. Bruno fue a preguntarle otra vez:

–Madre, ¿qué pasa? ¿Vamos a mudarnos?

–Ven conmigo al comedor, allí hablaremos –contestó la Madre.

La Madre y Bruno bajaron al comedor para explicarle lo que ocurría. Su Madre estaba triste y había estado llorando. Bruno se lo notó.

–Mira, Bruno, no te preocupes, vas a vivir una gran aventura –le explicó su Madre.

–¿Qué aventura? ¿Vais a mandarme a algún sitio? –preguntó Bruno a su Madre.

–No. No te vas tú sólo. Nos vamos todos. Tú, Gretel, tu padre y yo –le respondió su Madre.

A Bruno no le importaba mucho que Gretel se fuera a algún sitio pues la consideraba tonta de remate y además Gretel le fastidiaba mucho. Pero le parecía injusto que todos tuvieran que irse con ella. Bruno siguió preguntando a su Madre:

–¿Adónde nos vamos? ¿Por qué no nos quedamos aquí?

–Es por el trabajo de tu Padre, ya sabes que es muy importante, ¿verdad? –le aclaró su Madre.

–Sí, claro –respondió Bruno. Siempre había muchas visitas en casa de hombres con uniformes y mujeres con máquinas de escribir.

–A veces, cuando alguien es muy importante, su jefe le pide que vaya a algún sitio para hacer un trabajo muy especial –siguió comentando la Madre.

–¿Qué clase de trabajo? –quiso saber Bruno, ya que no sabía realmente en qué trabajaba su Padre.

–Es un trabajo muy importante, un trabajo para un hombre muy especial. Lo entiendes, ¿verdad? –le contestó su Madre.

–¿Tenemos que ir todos? –preguntó Bruno.

–Sí claro, no querrás que Padre se vaya solo y esté triste –añadió su Madre con voz muy seria.

–No, claro que no –negó Bruno con rotundidad.

–Padre sentiría nuestra ausencia si no vamos con él –añadió la Madre.

–Pero, ¿y la casa? ¿Quién cuidará de la casa mientras estemos fuera? –siguió preguntando Bruno.

–De momento tenemos que cerrarla –contestó con tristeza nuevamente su Madre.

–¿Y está muy lejos ese sitio al que tenemos que ir? –volvió a preguntar Bruno.

–Sí, Bruno, está muy lejos. Nos vamos fuera de Berlín –aclaró su Madre.

–¿Y la escuela? ¿Qué pasa con mis 3 mejores amigos: Karl, Martín y Daniel? –preguntó preocupado Bruno.

–Tendrás que despedirte de tus amigos durante un tiempo. Pero volverás a verlos dentro de poco. Ya harás nuevos amigos en el lugar al que vamos –dijo la Madre a Bruno.

–¿Despedirme de ellos? ¡Pero si son mis 3 mejores amigos! –protestó Bruno enfadado y con un tono de voz alto.

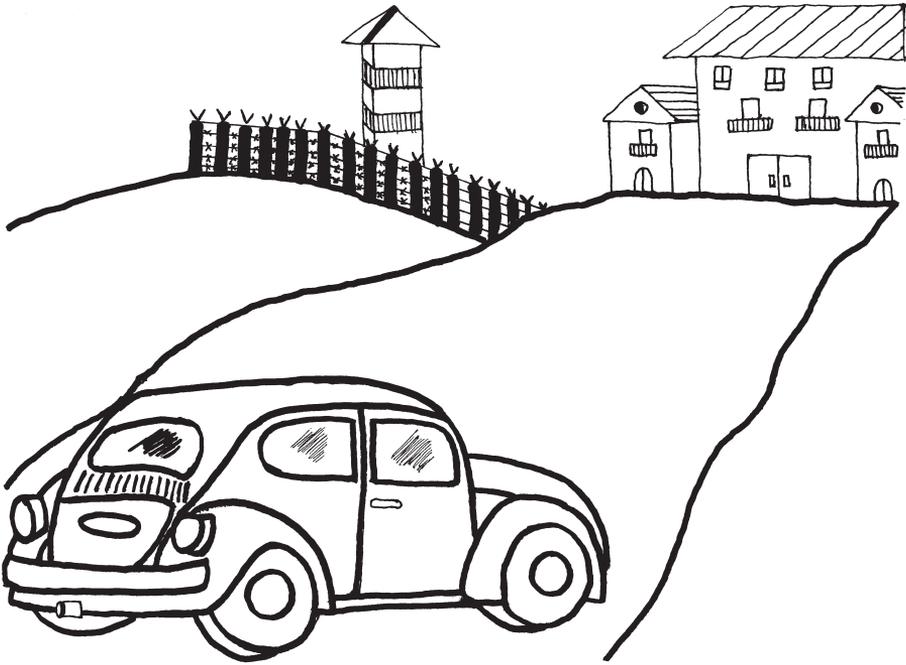
Finalmente la Madre de Bruno le recordó que últimamente no estaba contento con los cambios que se hacían en la casa. Bruno afirmó que era cierto y que algunos cambios no le gustaban.

Después, Bruno subió la gran escalera que había en su casa y que llevaba a las habitaciones, pensando si habría otra igual en la casa nueva, ya que se lo pasaba muy bien deslizando por la barandilla desde el último piso hasta la planta baja.

Cuando Bruno llegó a su habitación oyó cómo discutían sus padres en un tono muy alto. Al poco tiempo dejaron de discutir. Bruno recogió sus cosas como él quería porque pensó que la criada, María, no las trataría como a él le gustaba.

CAPÍTULO 2

LA CASA NUEVA



Cuando Bruno vio su nueva casa por primera vez, se sorprendió mucho. Era todo lo contrario a su antigua casa y no podía creer que de verdad fueran a vivir allí.

La casa de Berlín estaba en una calle tranquila donde había otras casas también muy grandes, casi iguales a la suya. La nueva casa, en cambio, estaba aislada, en un sitio vacío, sin otras casas cerca. No había otras familias en el vecindario ni otros niños con los que jugar.

La casa de Berlín era enorme, y aunque Bruno había vivido 9 años allí, todavía encontraba sitios que no conocía completamente. Sin embargo, la casa nueva sólo tenía dos plantas: un piso superior donde estaban los 3 dormitorios y el único cuarto de baño, y una planta baja donde se encontraban la cocina, el comedor y el nuevo despacho de Padre, en el que no se podía entrar. También había un sótano, donde dormían los criados.

Alrededor de la casa de Berlín había otras calles con grandes casas y siempre se encontraban personas que paseaban. También había muchas tiendas con llamativos escaparates y puestos de fruta y verdura. Pero alrededor de la casa nueva no había otras calles, ni nadie paseando, ni tampoco había ninguna tienda ni puestos de fruta y verdura.

En Berlín la gente sacaba mesas y sillas a la calle y cuando Bruno volvía caminando de la escuela a su casa con sus amigos Karl, Daniel y Martín siempre veían a hombres y mujeres sentados en aquellas mesas, tomando bebidas, felices y pasándoselo muy bien. Sin embargo, Bruno pensaba que en la casa nueva nunca se reíría nadie, porque no había nada de qué reírse.

Al cabo de algunas horas de estar en la nueva casa, Bruno le dijo a María, la criada, que pensaba que se habían equivocado con la decisión de irse a vivir a esa casa. Además de María había otras 3 criadas para llevar la casa aunque estaban más delgadas y pálidas que María y casi nunca hablaban. También había un anciano que se encargaba de preparar la comida y servirla en el comedor. Parecía muy triste y desgraciado.

Más tarde, la Madre de Bruno le dijo:

—A nosotros no nos corresponde pensar. Ciertas personas deciden por nosotros.

Bruno fingió no haberla oído y repitió:

—Me parece que nos hemos equivocado. Creo que lo mejor será olvidar todo esto y volver a casa.

Su Madre sonrió y colocó los vasos con cuidado encima de la mesa.

–Creo que deberías decirle a Padre que has cambiado de idea. Si no hay más remedio que pasar el resto del día aquí, y cenar y quedarnos a dormir aquí esta noche porque todos estamos cansados, no importa, pero mañana tendríamos que levantarnos temprano si queremos llegar a Berlín antes de la hora de merendar –dijo Bruno a su Madre.

Madre suspiró y preguntó:

–¿Por qué no subes y ayudas a María a deshacer las maletas?

–¿Para qué voy a deshacer las maletas si sólo vamos a estar unos días? –preguntó Bruno.

–¡Sube, Bruno, por favor! Estamos aquí, hemos llegado, éste será nuestro hogar. Tenemos que poner al mal tiempo buena cara, ¿entendido? –respondió la Madre.

Bruno no entendía cómo habían podido llegar a esa situación. Él estaba tan tranquilo, jugando en su casa de Berlín, con sus tres mejores amigos, y de pronto se encontraba atrapado en aquella casa fría y horrible donde parecía que nadie podría estar alegre nunca.

–¡Bruno, te he dicho que subas y deshagas las maletas ahora mismo! –le ordenó la Madre.

Bruno supo que le hablaba en serio, así que se dio media vuelta sin decir nada más. Estuvo a punto de llorar. Subió al piso de arriba donde estaban las habitaciones y el cuarto de baño.

–Éste no es mi hogar y nunca lo será –susurró Bruno al entrar en su nueva habitación, donde estaba María organizando la ropa.

–Mi Madre me ha dicho que venga a ayudarte –dijo Bruno a María.

–Si quieres separa toda esa ropa y colócala en la cómoda
–le contestó María señalando una bolsa que contenía todos sus calcetines, camisetas y calzoncillos.

–¿Tú qué piensas de todo esto, María? –preguntó Bruno.

–¿De qué? –dijo María.

–De todo esto. De que hayamos venido a un sitio como éste. ¿No crees que estamos cometiendo un grave error quedándonos a vivir aquí? –le contestó Bruno.

–Yo no soy nadie para opinar sobre esto, señorito Bruno. Tu Madre ya te ha explicado que es por el trabajo de tu padre –argumentó María.

–¡Estoy harto de oír hablar del trabajo de Padre! Es de lo único que se habla. Mira, si ese trabajo de Padre significa que tenemos que irnos de casa y que tengo que dejar la **barandilla**¹ de la escalera y a mis tres mejores amigos para toda la vida, creo que Padre debería replantearse su trabajo –exclamó Bruno muy enfadado.

Entonces se oyó un ruido que provenía del pasillo. Bruno se asomó y vio cómo se abría un poco la puerta de la habitación de Madre y Padre. Se quedó muy quieto. Madre seguía abajo, lo cual significaba que Padre estaba allí y que quizá hubiera oído lo que Bruno acababa de decir. Se quedó mirando la puerta, temiendo que Padre apareciera de repente enfadado.

La puerta se abrió un poco más y Bruno no vio a su Padre sino a un hombre mucho más joven y más bajo que él. Vestía el mismo tipo de uniforme que Padre, pero con menos adornos. Estaba muy **serio**², tenía el pelo rubio y llevaba una caja en

¹ La **barandilla** es un tipo de parapeto que constituye un elemento de protección para balcones, escaleras, puentes u otros elementos similares.

² Una persona **seria** es una persona con cara severa, dura, también en el modo de mirar o hablar.

las manos y cuando vio a Bruno se quedó mirándolo fijamente como si no hubiera visto antes a otro niño. Al final lo saludó con un gesto rápido y siguió su camino.

–¿Quién era ése? –preguntó Bruno a María con curiosidad.

–Uno de los soldados de tu Padre, supongo –le respondió María.

–Creo que no me cae bien. Parece demasiado serio –reconoció Bruno.

–Tu Padre también es muy serio –observó María.

–Sí, pero él es Padre. Los padres han de ser serios. Y no me parece a mí que ése sea un padre. Aunque se le veía muy serio, eso sí –explicó Bruno a María.

–Bueno, es que tienen un trabajo muy serio. Pero yo en tu lugar evitaría estar con los soldados –dijo María.

–Pero si no estoy con los soldados, no veo qué otra cosa puedo hacer. No creo que haya alguien con quien jugar que no sea Gretel, y Gretel es **tonta de remate**³ –concluyó Bruno con tristeza.

Bruno se sintió muy solo y le entraron ganas de llorar, pero se contuvo, pues no quería parecer un niño pequeño delante de María. Echó un vistazo al dormitorio, intentando descubrir algo interesante. No había nada, o al menos eso parecía. Pero entonces le llamó la atención una cosa. En el lado opuesto al de la puerta había una ventana. Bruno se acercó despacio y, poniéndose de puntillas, pegó la cara al cristal y vio lo que había afuera. Se quedó muy sorprendido sintiendo un gran **escalofrío**⁴ por todo el cuerpo y un temor muy intenso.

³ **Tonta de remate** significa muy tonta.

⁴ Tener **escalofrío** es tener una sensación de frío, generalmente repentina y acompañada de contracciones musculares.

CAPÍTULO 3

LA TONTA DE REMATE



Bruno estaba seguro de que habría sido mejor dejar a Gretel en Berlín cuidando la casa, porque sólo daba problemas. Muchas veces había oído decir que Gretel había sido un problema desde el primer día.

Su hermana tenía 3 años más que Bruno y desde que él recordaba le había dejado claro que ella era la que mandaba. Bruno no quería reconocer que le tenía un poco de miedo, pero sinceramente debía aceptar que era así.

Gretel hacía cosas desagradables, como todas las hermanas mayores. Como estar muchísimo tiempo en el baño por las mañanas, sin importarle que Bruno estaba esperando fuera, dando saltitos aguantándose las ganas de hacer pipí.

Tenía muchas muñecas en su habitación, y siempre que Bruno entraba en esa habitación notaba que todas las muñecas lo seguían por toda la habitación con la mirada, observando lo que él hacía.

Bruno estaba convencido de que si entraba en la habitación de su hermana sin permiso, las muñecas se lo contarían todo. Además, su hermana tenía unas amigas muy antipáticas que disfrutaban riéndose de él.

Bruno creía que si fuera mayor que su hermana Gretel, no se reiría de ella. A las amigas antipáticas de su hermana lo que más les gustaba era hacerle enfadar y decirle cosas desagradables cuando no estaban su Madre ni María.

–Bruno no tiene 9 años, sólo tiene 6 años –decía siempre una de las amigas antipáticas de su hermana.

–Tengo 9 años –se quejaba Bruno, intentando alejarse.

–Entonces, ¿por qué eres tan bajito? Todos los niños de 9 años son más altos que tú –continuaba la amiga de la hermana.

Eso era verdad, y le hacía sentirse triste a Bruno. El ser más bajito que sus demás compañeros de clase siempre le hacía estar triste, porque sólo les llegaba hasta los hombros.

Cuando caminaba con sus amigos por la calle, a veces la gente pensaba que era el hermano pequeño de uno de ellos; sin embargo Bruno era uno de los que más edad tenía.

Bruno seguía corriendo y haciendo deporte, soñando que una mañana despertaría y habría crecido igual que todos sus amigos.

Así que lo bueno de no estar en Berlín es que ninguna de aquellas brujas estaba allí para decirle cosas malas. Otra

cosa buena de estar unos meses fuera de la casa de Berlín era que quizá creciera durante ese tiempo antes de volver y así las amigas de su hermana ya no le dirían nada desagradable nunca más.

Bruno entró en la habitación de Gretel sin llamar a la puerta y la vio ordenando sus muñecas.

–¿Qué haces aquí? ¿No sabes que no se entra nunca en la habitación de una dama sin llamar antes a la puerta? –le gritó Gretel, girándose.

–¿Te has traído todas las muñecas? –preguntó Bruno, que tenía la costumbre de contestar a las preguntas de su hermana con otras preguntas.

–Pues claro, no podía dejarlas tanto tiempo solas en casa; pasarán semanas antes de volver a la casa de Berlín –contestó Gretel.

–¿Semanas? ¿Estás segura? –preguntó Bruno **fingiendo**⁵ tristeza, pero en el fondo estaba contento, porque no le parecía mal estar un mes allí.

–Se lo he preguntado a Padre, y ha dicho que estaremos aquí un tiempo –explicó Gretel.

–¿Qué quiere decir un tiempo? –preguntó de nuevo Bruno.

–Que estaremos aquí las siguientes semanas, unas 3 semanas –contestó Gretel.

Bruno parecía que estaba contento pero no era verdad. El lugar al que habían ido no le gustaba nada, y le resultaba muy feo.

Gretel lo miró y por una vez tuvo que admitir que estaba de acuerdo con él. Le comentó:

⁵ **Fingir** significa dar a entender, simular o aparentar algo que no es cierto.

–No es muy bonito, ¿verdad?

–Es horrible –repitió Bruno.

–Bueno, sí. Ahora puede parecer horrible. Pero cuando arreglemos un poco la casa seguro que no nos parecerá tan mal. Le oí decir a Padre que quienes vivían aquí en Auchviz antes que nosotros perdieron su empleo muy deprisa y no tuvieron tiempo de arreglar la casa para nosotros.

–¿Auchviz? ¿Qué es un Auchviz? –preguntó Bruno.

–“Un” Auchviz no, Bruno. Sólo Auchviz –respondió Gretel.

–Bueno, pues ¿qué es Auchviz? –volvió a preguntar Bruno.

–Es el nombre de la casa: Auchviz.

Bruno **reflexionó**⁶. Fuera no había visto ningún letrero con ese nombre, ni nada escrito en la puerta principal. Su casa de Berlín ni siquiera tenía nombre; se llamaba “número cuatro”.

–Pero, ¿por qué ese nombre? –preguntó Bruno, nervioso.

–Auchviz era la familia que vivía aquí antes que nosotros, supongo. El Padre no debía hacer bien su trabajo y alguien dijo: “Marcharos, ya buscaremos a otro que sepa hacerlo mejor” –contestó Gretel.

–Te refieres a Padre –expresó Bruno.

–Claro –dijo Gretel, que siempre hablaba de Padre como si él no se equivocara ni se enfadara nunca, y como si siempre fuese a darle un beso de buenas noches antes de que ella se durmiera.

–Entonces, ¿estamos en Auchviz porque alguien echó a la familia que vivía en esta casa antes que nosotros? –preguntó Bruno.

⁶ **Reflexionar** significa pensar o examinar con cuidado y detenimiento algo.

–Exacto, Bruno. Y ahora sal de mi **cubierta**⁷, me la estás arrugando –contestó Gretel.

Bruno saltó de la cama y escuchó un ruido que le dio miedo y pensó que la casa podía caerse.

–Esto no me gusta nada –aclaró Bruno.

–Ya lo sé. Pero no podemos hacer nada –dijo Gretel.

–Echo de menos a Karl, Daniel y Martín –comentaba con tristeza Bruno.

–Y yo a Hilda, Isobel y Louise –dijo Gretel. Y Bruno intentó recordar a las 3 niñas.

–Los otros niños no parecen nada simpáticos –comentó Bruno.

Gretel, que estaba poniendo una de sus muñecas más aterradoras en un estante, se dio la vuelta, lo miró y le preguntó:

–¿Qué has dicho?

–He dicho que los otros niños no parecen nada simpáticos –contestó Bruno.

–¿Los otros niños? ¿Qué otros niños? Yo no he visto ninguno –dijo Gretel, **desconcertada**⁸.

Bruno miró en la habitación de Gretel y allí también había una ventana, pero como estaban en el otro lado del pasillo, frente a la habitación de Bruno, la ventana daba a la dirección opuesta.

⁷ Se llama **cubierta** a cualquier cosa que se pone encima de otra para taparla o resguardarla. Aplicado a una cama, la cubierta es la pieza que se pone encima de las sábanas o las mantas.

⁸ Una persona **desconcertada** es una persona sorprendida, sin saber bien qué tiene que hacer.

Intentando mantener un aire de misterio, Bruno se dirigió hacia la ventana. Metió las manos en los bolsillos de sus pantalones cortos e intentó silbar una melodía y evitar la mirada de su hermana.

–¡Bruno! ¿Qué demonios haces? ¿Te has vuelto loco? –exclamó Gretel.

Él siguió andando y silbando, sin mirarla, hasta que llegó a la ventana. Por suerte, era lo bastante baja para mirar por ella.

Se asomó y vio el coche en el que habían llegado, así como tres o cuatro coches más de los soldados de Padre, algunos de los cuales andaban por allí, fumando cigarrillos y riendo de algo mientras miraban nerviosos hacia el edificio.

Un poco más allá estaba el camino de la casa, y más allá había un bosque que parecía ideal para **explorar**⁹.

–Bruno, ¿quieres hacer el favor de explicarme qué has querido decir con ese último comentario? –preguntó Gretel.

–Mira, un bosque –dijo sin hacerle caso.

–¡Bruno! –le gritó su hermana, avanzando hacia Bruno con unos pasos tan grandes que el niño se apartó de un salto de la ventana.

–¿Qué? –preguntó fingiendo no saber a qué se refería.

–Los otros niños. Has dicho que no parecen nada simpáticos –dijo Gretel.

–Es verdad –señaló Bruno, quien no quería **juzgarlos**¹⁰ antes de conocerlos, pero tenía que guiarse por las apariencias, aunque Madre le había dicho que eso no estaba bien.

⁹ **Explorar** es la acción de buscar o viajar con el propósito de descubrir algo, puede ser lugares desconocidos, nueva información...

¹⁰ Aquí, **juzgar** significa formar juicio u opinión sobre algo o alguien.

–Pero, ¿qué otros niños? ¿Dónde están? –preguntó Gretel.

Bruno sonrió y le dijo que lo acompañara. Gretel resopló y siguió a su hermano. Fue a dejar la muñeca en la cama, pero se lo pensó mejor y la abrazó con fuerza.

Al entrar en la habitación de Bruno, María casi la tira al suelo porque en ese momento salía rápidamente llevando un ratón muerto.

–Están ahí fuera –dijo Bruno, mirando por la ventana.

Gretel se detuvo en la habitación y tenía muchas ganas de mirar por la ventana, pero el modo de mirar de Bruno y el tono de su voz la pusieron nerviosa.

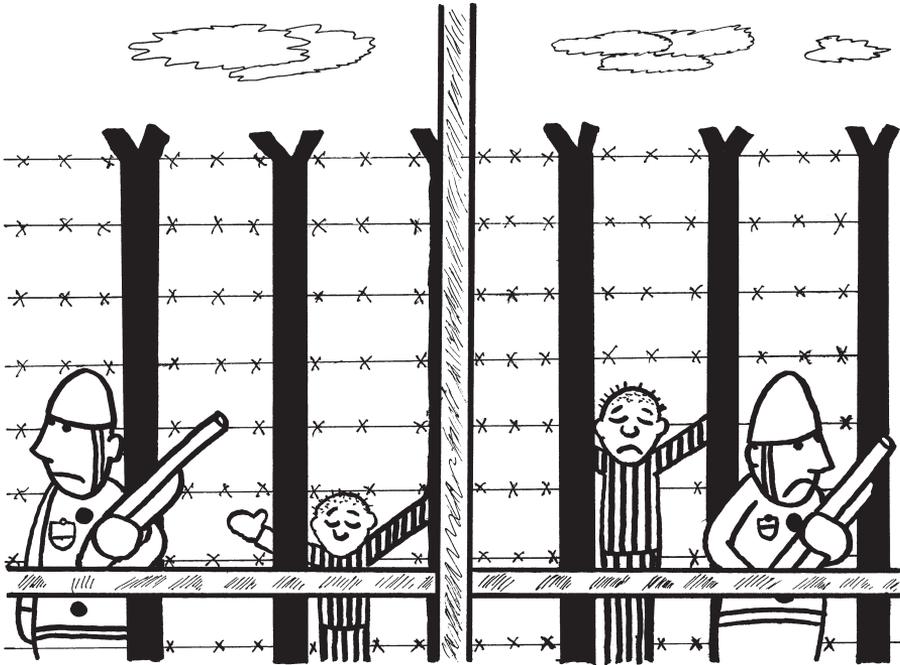
–¿Qué? ¿No quieres verlos? –dijo Bruno al darse la vuelta y ver a su hermana inmóvil a la entrada de la habitación.

–Claro que sí, pero quítate del medio –contestó Gretel.

Hacía una tarde soleada y el sol salía por detrás de una nube en el momento que Gretel miró por la ventana y no le dejaba ver con claridad; pero el sol se ocultó de nuevo y Gretel pudo ver exactamente lo que le explicaba Bruno.

CAPÍTULO 4

LO QUE VIERON POR LA VENTANA



Para empezar, lo que vieron por la ventana no eran niños. Al menos no todos. Había niños pequeños y niños mayores, pero también padres y abuelos. Quizá también algunos tíos. Y unas cuantas personas de las que viven en las calles y que parecen no tener familia.

—¿Quiénes son?, ¿qué clase de sitio es éste? —preguntó Gretel, boquiabierta.

–No estoy seguro, pero no es tan bonito como Berlín –dijo Bruno.

–¿Y dónde están las niñas? ¿Y las madres? ¿Y las abuelas? –siguió preguntando Gretel.

–A lo mejor viven en otra zona –respondió Bruno.

Gretel no quería seguir mirando, pero le resultaba muy difícil apartar la mirada. Hasta entonces, lo único que había visto era el bosque hacia el que estaba orientada su ventana; sin embargo, desde aquel lado de la casa el panorama era muy diferente.

A primera vista no estaba tan mal. Justo debajo de la ventana de Bruno había un jardín bastante grande y lleno de flores. Parecía muy bien cuidado por alguien que hubiera comprendido que plantar flores en un sitio como aquél era una buena idea.

Unos seis metros más allá del jardín y las flores todo cambiaba: **paralela**¹¹ a la casa había una enorme **alambrada**¹², con la parte superior inclinada hacia dentro, que se extendía en ambas direcciones sin que se viera su final. Era una alambrada muy alta, incluso más que la casa donde ellos vivían, y estaba sostenida por gruesos postes de madera. En lo alto de la alambrada había gruesos rollos de **alambre de espino**¹³ enredados que formaban espirales. Gretel sintió un escalofrío al ver los afilados pinchos.

Detrás de la alambrada no crecía la hierba. A lo lejos no se veía ningún tipo de vegetación. El suelo parecía de arena,

¹¹ Dos rectas **paralelas** son dos rectas que no se cortan por más que se prolonguen.

¹² Una **alambrada** es una estructura de alambre destinada a separar terrenos, campos o propiedades.

¹³ El **alambre de espinos** o **alambre de púas** se utiliza en alambradas para dividir fronteras, o cerrar ciertos lugares.

y Gretel sólo vio pequeñas **cabañas**¹⁴ y grandes edificios cuadrados, separados entre ellos, y una o dos columnas de humo a lo lejos.

–¿Lo ves? –dijo Bruno.

–No lo entiendo. ¿A quién se le ocurriría construir un sitio tan horrible? –comentó Gretel.

–¿Verdad que es horrible? Me parece que esas casuchas sólo tienen una planta. Mira qué bajas son –indicó Bruno.

–Deben de ser casas modernas. Padre odia las cosas modernas –sugirió Gretel.

–Entonces no creo que le gusten –respondió Bruno.

–No –dijo Gretel, y siguió contemplándolas.

Tenía 12 años y se la consideraba una de las niñas más inteligentes de su clase, así que se concentró para comprender qué era aquello.

–Esto debe ser el campo –concluyó Gretel.

–¿El campo? –cuestionó Bruno.

–Sí, es la única explicación, ¿no te das cuenta? Cuando estamos en casa, en Berlín, estamos en la ciudad. Por eso hay tanta gente y tantas casas, y tantas escuelas llenas de niños, y no puedes caminar por el centro de la ciudad un sábado por la tarde sin que la multitud te empuje –explicó Gretel.

–Ya... –expresó Bruno, intentando seguir el **razonamiento**¹⁵.

¹⁴ Una **cabaña** es una casa pequeña, hecha en el campo, con materiales pobres, generalmente palos entrelazados con cañas, y cubierta de ramas, destinada a refugio o vivienda de pastores y pescadores.

¹⁵ El término **razonamiento** se refiere a un conjunto de actividades mentales consistentes en conectar unas ideas con otras, ordenar las ideas para llegar a una conclusión.

–Pero en clase de Geografía nos enseñaron que en el campo, donde están los granjeros y los animales, y donde se cultivan los alimentos, hay zonas inmensas como ésta donde vive y trabaja la gente que envía a la ciudad todo lo que nosotros comemos. Sí, debe ser eso. Es el campo. A lo mejor esta es nuestra casa de veraneo –añadió esperanzada Gretel.

–No lo creo –dijo Bruno con convicción.

–Tienes 9 años, ¿qué sabrás tú? Cuando tengas mi edad entenderás mucho mejor estas cosas –señaló Gretel.

–Si fuera el campo, como dices, habría animales, habría granjas, con vacas, cerdos, ovejas y caballos. Y gallinas y patos –dijo Bruno.

–Pues no hay ninguno –admitió Gretel en voz baja.

–Y si aquí cultivaran alimentos, como has dicho, la tierra tendría mejor aspecto, ¿no crees?, no me parece que se pueda cultivar nada en una tierra tan árida –continuó Bruno.

–A lo mejor resulta que no es ninguna granja. Y eso significa que esto no es el campo. Y eso también significa que seguramente ésta no es nuestra casa de veraneo –concluyó Gretel.

–Me parece que no –dijo Bruno.

Bruno se sentó en la cama y por un instante sintió ganas de que Gretel se sentara a su lado, lo abrazara y le asegurara que todo iba a salir bien y que al final aquello acabaría gustándoles tanto que ya no querrían regresar a Berlín. Pero Gretel seguía mirando por la ventana a la gente que había al otro lado de la alambrada.

–¿Quiénes son todas esas personas? ¿Y qué hacen allí? –preguntó Gretel.

Bruno se levantó y por primera vez ambos miraron juntos por la ventana, pegados el uno al otro, contemplando lo que

pasaba más allá de aquella alambrada levantada a menos de 15 metros de su nuevo hogar.

Allá donde mirasen veían individuos que iban de un lado a otro; los había altos, bajos, viejos y jóvenes. Unos estaban de pie, inmóviles, formando grupos, intentando mantener la cabeza erguida, mientras un soldado pasaba ante ellos gesticulando con la boca muy deprisa, como si les gritara algo. Algunos formaban una especie de cadena de presos y empujaban carretillas a través del campo. Unos cuantos estaban cerca de las cabañas formando grupos, con la vista clavada en el suelo como si jugaran a pasar inadvertidos. Otros caminaban con **muletas**¹⁶ y muchos llevaban vendajes en la cabeza. Algunos cargaban palas y eran conducidos por soldados hacia un sitio que quedaba oculto.

Bruno y Gretel vieron a cientos de personas, pero había tantas cabañas y el campo se extendía hasta tan lejos, más allá de donde alcanzaba la vista, que daba la impresión de que debía de haber miles.

–¡Qué cerca de nosotros viven! En Berlín, en nuestra tranquila y bonita calle, sólo había 6 casas y mira cuántas hay aquí. ¿Cómo se le ocurre a Padre aceptar un empleo en un sitio tan horrible y con tantos vecinos? No tiene sentido –comentó Gretel.

–¡Mira allí! –dijo Bruno.

Gretel siguió la dirección que señalaba el dedo de su hermano y vio salir de una lejana cabaña a un grupo de niños y a unos soldados que les gritaban. Un soldado se abalanzó sobre ellos y los niños se separaron y se pusieron en fila india. Cuando lo hicieron, los soldados se echaron a reír y aplaudieron.

¹⁶ Una **muleta o bastón** es un apoyo de metal o de madera que sirve para facilitar el desplazamiento a personas con dificultades para moverse (por ejemplo, una persona coja).

–Deben de estar ensayando algo –sugirió Gretel, sin tener en cuenta que al parecer algunos niños estaban llorando.

–Ya te decía yo que aquí había niños –dijo Bruno.

–Pero no son la clase de niños con los que yo quiero jugar. Mira qué sucios están, parece que no se hayan bañado en la vida –afirmó Gretel.

–Sí, está todo muy sucio. A lo mejor es que no tienen cuartos de baño –respondió Bruno.

–No seas estúpido. ¿Cómo no van a tener cuartos de baño? –dijo Gretel.

–No lo sé, a lo mejor es que no hay agua caliente –concluyó Bruno.

Gretel siguió mirando unos momentos más; luego se **estremeció**¹⁷ y se dio la vuelta.

–Me voy a mi habitación a ordenar mis muñecas, la vista es más bonita desde allí –anunció Gretel.

Y echó a andar, cruzó el pasillo, entró en su dormitorio y cerró la puerta, aunque no se puso a ordenar las muñecas enseguida. Se sentó en la cama y empezaron a pasarle muchas cosas por la cabeza.

Su hermano se acercó a la ventana y, mientras contemplaba aquellos cientos de personas que deambulaban a lo lejos, reparó en que todos (los niños pequeños, los niños no tan pequeños, los padres, los abuelos...) llevaban la misma ropa: un **pijama gris de rayas**¹⁸ y una gorra gris de rayas.

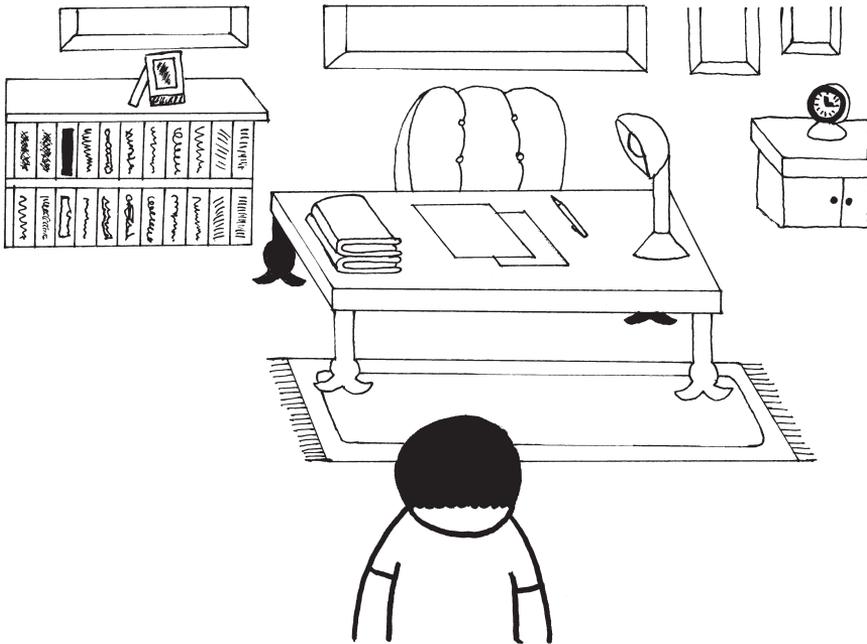
–Qué curioso –murmuró Bruno, y se apartó de la ventana.

¹⁷ **Estremecer** es alterar o producir sobresalto en el ánimo de alguien.

¹⁸ **Pijama de rayas** es el modo como en el libro llaman al traje que llevan puesto los prisioneros.

CAPÍTULO 5

PROHIBIDO ENTRAR BAJO NINGÚN CONCEPTO Y SIN EXCEPCIONES (EL DESPACHO DE PADRE)



Padre no había viajado desde Berlín en el mismo coche que ellos aquella mañana. Se había marchado unos días antes.

Madre, Gretel, María, el cocinero, el mayordomo y Bruno se habían dedicado a meter sus cosas en cajas y cargarlas en un gran camión que las trasladaría a su nueva casa de Auchviz.

La última mañana, metieron sus últimos objetos personales en las maletas y un coche oficial con banderitas rojas y negras en el capó se detuvo ante su puerta para llevárselos de allí.

Madre, María y Bruno fueron los últimos en salir de la casa. Cuando echaron un último vistazo al recibidor donde habían pasado tantos momentos difíciles, Bruno vio que Madre tenía lágrimas en los ojos.

–Vamos, Bruno. Espero que podamos volver aquí algún día, cuando haya terminado todo esto –dijo, cogiéndole la mano y cerrando la puerta con llave.

El coche oficial con las banderitas en el capó los llevó a una estación de ferrocarril. Bruno y su familia subieron a un tren muy cómodo en el que viajaban muy pocos pasajeros y quedaban muchos asientos vacíos. Había mucha gente en el andén y Bruno tuvo ganas de gritar a aquella gente que en su vagón iban muy pocos y quedaban muchos asientos vacíos, pero no lo hizo porque intuyó que seguramente pondría furiosa a Gretel.

Bruno no había visto a su padre desde la llegada a la nueva casa de Auchviz. No había oído la fuerte voz de Padre ni una sola vez, ni el sonido de sus pesadas botas.

En cambio sí había gente que entraba y salía, y mientras trataba de decidir qué era lo mejor que podía hacer, Bruno oyó un gran **alboroto**¹⁹ que provenía de abajo. Salió al pasillo y se asomó a la barandilla.

Vio la puerta del despacho de Padre abierta, y a cinco hombres delante, riendo y estrechándose las manos. Padre estaba en el centro del grupo con su uniforme recién plancha-

¹⁹ Decimos que hay **alboroto** cuando se oyen muchas voces o hay mucho ruido causado por una o varias personas.

do. Mientras lo observaba desde arriba, Bruno sintió miedo y **admiración**²⁰ a la vez.

Padre alzó una mano e inmediatamente los demás guardaron silencio.

–Caballeros, agradezco mucho sus sugerencias y sus palabras de ánimo. Empezaremos de nuevo, pero lo haremos mañana. Porque ahora será mejor que ayude a mi familia a instalarse, o tendré más problemas aquí dentro de los que tienen ellos ahí fuera, ya me comprenden –dijo el Padre a los soldados que estaban con él, y esa vez Bruno entendió todas y cada una de las palabras que oyó.

Los otros rieron y le estrecharon la mano. Antes de marcharse, formaron una hilera y saludaron estirando un brazo al frente, como Padre había enseñado a saludar a Bruno, con la palma de la mano hacia abajo, levantando el brazo con un firme movimiento mientras gritaban las dos palabras que a Bruno le habían enseñado que debía decir siempre que alguien se las dijera a él. Entonces se marcharon y Padre volvió a su despacho, donde está Prohibido Entrar Bajo Ningún Concepto y Sin Excepciones.

Bruno bajó despacio la escalera y dudó un instante frente a la puerta. Estaba triste porque Padre no había subido a verlo durante la hora, más o menos, que él llevaba en la casa nueva, aunque ya le habían explicado que Padre estaba muy ocupado y no había que molestarlo por tonterías como un saludo. Pero los soldados ya se habían marchado y pensó que no pasaría nada si llamaba a la puerta.

Bruno sabía que no tenía que entrar en el despacho de Padre y no molestarle. Sin embargo, como llevaban varios días

²⁰ Sentir **admiración** por una persona es considerarla con agrado, por sus cualidades extraordinarias.

sin verse, pensó que no le importaría que por una vez llamara a la puerta.

Bruno llamó a la puerta dos veces porque la primera vez no le oyó Padre. Escuchó una voz potente al otro lado de la puerta: “¡Pase!”, y Bruno entró y se quedó **asombrado**²¹ de lo que veía. El resto de la casa quizá fuera un poco oscura y triste y sin muchas posibilidades para la exploración, pero aquella habitación era otra cosa. Para empezar, el techo era muy alto y en el suelo había una alfombra. Las paredes apenas se veían, recubiertas de estantes de **caoba**²² oscura llenos de libros, como los que había en la biblioteca de la casa de Berlín.

En la pared del fondo había unas enormes ventanas que daban al jardín. En el centro de la habitación, sentado detrás de un enorme escritorio de roble, estaba Padre, que levantó la vista de sus papeles y mostró una amplia sonrisa.

–¡Bruno! Hijo mío –exclamó su Padre. Rodeó el escritorio y le estrechó la mano con firmeza, porque Padre no era de la clase de personas que dan abrazos.

–Hola, Padre –dijo Bruno en voz baja.

–Bruno, pensaba subir a verte ahora mismo, te lo aseguro. Sólo tenía que acabar una reunión y escribir una carta. Veo que habéis llegado bien, ¿no? –preguntó Padre.

–Sí, Padre –respondió Bruno.

–¿Has ayudado a tu Madre y a tu hermana a cerrar la casa?

–Sí, Padre –respondió Bruno.

²¹ Una persona **asombrada** es una persona que siente admiración por algo o por alguien.

²² La **caoba** es un tipo de árbol que tiene una madera que se utiliza mucho para hacer muebles.

–Estoy **orgullosa**²³ de ti. Siéntate, hijo –dijo Padre señalando el amplio sillón que había enfrente de su escritorio, y Bruno se sentó en él, mientras Padre volvía a su asiento detrás del escritorio y lo miraba fijamente.

–¿Y bien? ¿Qué opinas?

–¿Que qué opinó? ¿Qué opino de qué? –preguntó también Bruno.

–De tu nuevo hogar. ¿Te gusta? –dijo Padre

–No. Creo que deberíamos volver a casa –contestó Bruno con coraje.

La sonrisa de su padre se apagó un poco.

–Es que ya estamos en casa, Bruno. Auchviz es nuestro nuevo hogar –dijo al fin el Padre con voz dulce.

–Pero ¿cuándo volveremos a Berlín? Berlín es mucho más bonito –dijo el niño, desanimado tras oír aquello.

–Vamos, vamos. Un hogar no es un edificio, ni una calle ni una ciudad; no tiene nada que ver con cosas tan materiales como los ladrillos y el cemento. Un hogar es donde está tu familia, ¿entiendes? –dijo Padre, que no estaba para tonterías.

–Sí, pero...

–Y tu familia esta aquí, Bruno. En Auchviz. Éste es nuestro hogar –siguió explicando el Padre.

–Pero los abuelos se han quedado en Berlín. Y ellos también son nuestra familia. O sea que éste no puede ser nuestro hogar –contestó Bruno con habilidad.

–Sí, Bruno, ellos también son nuestra familia. Pero tú, Gretel, Madre y yo somos las personas más importantes de la

²³ Una persona **orgullosa** es una persona que tiene exceso de estima propia.

familia, y ahora vivimos aquí. En Auchviz. ¡Vamos, no estés tan triste! Estoy seguro de que esto acabará gustándote.

–No me gusta. Mis amigos no viven aquí, y no hay otras casas cerca ni **puestos de fruta y verdura**²⁴, ni calles, ni cafeterías con mesas fuera, ni nadie que te empuje al caminar los sábados por la tarde –contestó Bruno.

–Bruno, en esta vida a veces hay que hacer cosas que no nos gustan. Y me temo que ésta es una de ellas. Éste es mi trabajo, un trabajo importante. Importante para nuestro país. Importante para el Jefe. Algún día lo entenderás –explicó Padre, y el niño se dio cuenta de que se estaba cansando de aquella conversación.

–Quiero irme a casa –dijo Bruno con obstinación y con las lágrimas a punto de saltar. Sólo quería que Padre entendiera que Auchviz era un sitio espantoso y que ya era hora de marcharse de allí.

–Tienes que aceptar que ahora éste es tu nuevo hogar. Éste será tu hogar en el futuro inmediato –insistió su Padre.

Bruno cerró los ojos un momento. Pocas veces en la vida se había empeñado tanto en salirse con la suya, y desde luego nunca había ido a hablar con Padre tan decidido a hacerle cambiar de opinión respecto a algo, pero la idea de vivir en un sitio tan horrible donde no había nadie con quien jugar era insoportable. Cuando abrió de nuevo los ojos, Padre se levantó, rodeó el escritorio y se sentó en un sillón a su lado.

–Cuando yo era un niño había ciertas cosas que no me gustaba hacer, pero si mi padre decía que las tenía que hacer porque era lo mejor para todos, yo las hacía –dijo el Padre.

–¿Qué clase de cosas? –preguntó Bruno.

²⁴ Los **puestos de frutas y verduras** son pequeñas tiendas donde se venden estos productos.

–Pues... no sé. Cosas normales de la vida diaria. Sólo era un niño y no sabía qué era lo mejor para mí. A veces, por ejemplo, no quería quedarme en casa a terminar los deberes, quería salir a la calle para jugar con mis amigos, igual que tú. Ahora miro hacia atrás y veo que era una tontería –respondió su Padre...

–Entonces sabes cómo me siento –dijo Bruno, **esperanzado**²⁵.

–Sí, pero también entendía que mi padre, tu abuelo, sabía qué era lo que más me convenía, y que yo siempre estaba más contento cuando lo aceptaba –explicó Padre.

–¿Has hecho algo malo? ¿Has hecho enfadar al Jefe?
–preguntó Bruno al cabo de un rato.

–¿Yo? ¿Qué quieres decir? –dijo Padre mirándolo con asombro.

–¿Has hecho algo mal en tu trabajo? Ya sé que todos dicen que eres un hombre importante y que el Jefe tiene grandes proyectos para ti, pero no te envía a un sitio como éste si no es para castigarte por algo –explicó Bruno.

Padre rió, lo cual molestó aún más a Bruno.

–Veo que no entiendes la importancia de un trabajo como el mío –dijo Padre.

–Bueno, pero si todos tenemos que irnos de una bonita casa, dejar a nuestros amigos y venir a un sitio tan horrible como éste, no puedes haber hecho muy bien tu trabajo. Si has hecho algo mal, deberías ir y pedir disculpas al Jefe, pues a lo mejor así se arreglaría todo. A lo mejor, si fueras muy sincero con él, te perdonaría –siguió explicando Bruno.

²⁵ Una persona **esperanzada** es una persona que tiene esperanza en conseguir alguna cosa.

Pronunció aquellas palabras sin pensar antes si eran sensatas o no. Tragó saliva con nerviosismo. Su Padre lo observaba fijamente. Tras unos minutos de incómodo silencio, Padre se levantó despacio del sillón y volvió a su asiento del escritorio.

–No sé si pensar que eres muy valiente o muy irrespetuoso. Quizá seas muy valiente, lo cual no es malo –dijo el Padre al cabo de un momento.

–No he querido decir... –comenzó a señalar Bruno.

–Ahora calla y escucha. He sido muy atento con tus sentimientos, Bruno, porque sé que este cambio es difícil para ti. Y he escuchado tus opiniones, pese a que tu juventud e inexperiencia hace que expresas las cosas de un modo insolente. Y has visto que no me he enfadado por nada de eso. Pero ha llegado el momento de que sencillamente aceptes que... –dijo Padre elevando la voz e interrumpiendo lo que iba a decir Bruno.

–¡No quiero aceptarlo! –gritó Bruno asombrado, porque no sabía que iba a ponerse a gritar.

Se puso en tensión y se preparó para salir corriendo si fuera necesario, en caso de que su Padre se enfadara con mucha intensidad. Pero aquel día, por lo visto, no había nada que hiciera enfadar a Padre.

–Vete a tu habitación –dijo Padre en voz baja, y Bruno se levantó, con lágrimas en los ojos, y se dirigió hacia la puerta, pero antes de abrirla se dio la vuelta para hacer una última pregunta.

–Padre, quiero hacerte una última pregunta –aclaró Bruno.

Padre suspiró e hizo un gesto animándolo a formular la pregunta.

–¿Quiénes son todas esas personas que hay ahí fuera?
–preguntó al fin.

Padre, un poco desconcertado, contestó:

–Soldados, Bruno. Y secretarias. Empleados. No es la primera vez que los ves.

–No, no me refiero a ellos, sino a las personas que veo desde mi ventana. En las cabañas, a lo lejos. Todos visten igual –señaló Bruno.

–Ah, éstos. Esas personas... bueno, es que no son personas, Bruno –dijo Padre, sonriendo.

–¿Ah, no? –dijo Bruno, sin entender.

–Al menos no son lo que nosotros entendemos por personas. Pero no debes preocuparte. No tienen nada que ver contigo. No tienes absolutamente nada en común con ellos. Instálate en tu nueva casa y pórtate bien, eso es lo único que te pido. Acepta la situación en que te encuentras y todo resultará mucho más fácil –explicó el Padre.

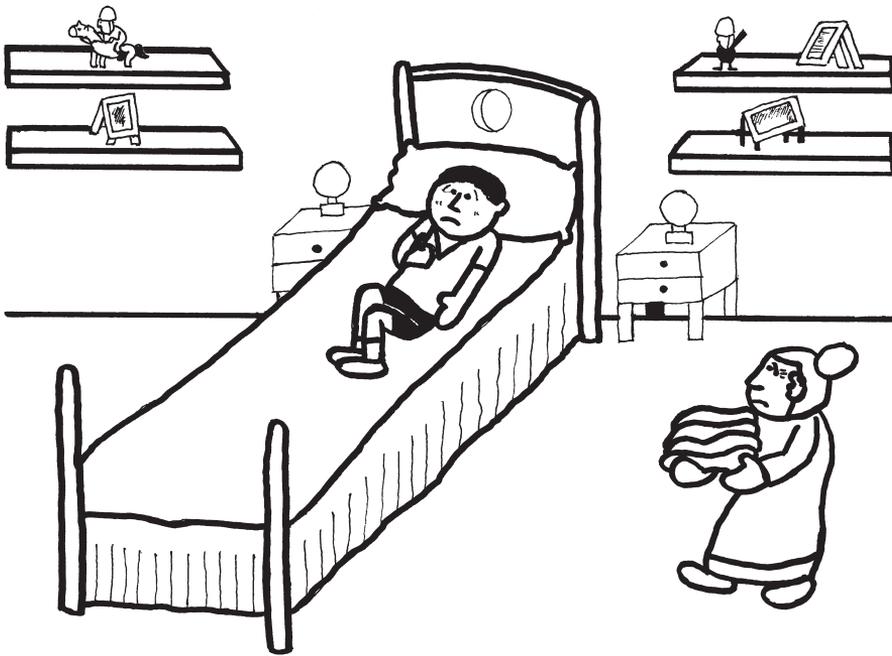
–Sí, Padre –afirmó Bruno, insatisfecho con la respuesta.

Abrió la puerta y entonces Padre lo llamó. Se levantó e hizo el saludo. Bruno lo imitó a la perfección: juntó los pies y levantó un brazo, y con voz fuerte y clara pronunció las palabras con que siempre se despedían los soldados:

–*Heil, Hitler!* –Que para Bruno significaba algo como “Hasta luego, que tengas un buen día”.

CAPÍTULO 6

LA CRIADA CON UN SUELDO EXCESIVO²⁶



Unos días más tarde, Bruno estaba tumbado en su cama mirando el techo. La pintura blanca, agrietada, producía un efecto desagradable, a diferencia de la pintura de la casa de Berlín, que todos los veranos recibía una capa nueva de pintura.

²⁶ **Excesivo** significa exagerado, que va más allá de lo razonable y sale de la regla.

–Aquí todo es horrible, odio esta casa, odio mi habitación y hasta odio la pintura. Lo odio todo –dijo Bruno en voz alta, aunque estaba solo en la habitación.

Acababa de decirlo cuando María, la criada, entró por la puerta cargada con un montón de ropa lavada y planchada de Bruno.

–Hola –dijo Bruno.

–Hola, señorito Bruno –saludó María mientras separaba las camisetas de los pantalones y de la ropa interior.

–Supongo que estás tan descontenta como yo con este nuevo plan. Con esta casa, con todo esto. ¿Verdad que es espantoso? Tú también odias esta casa, ¿no? –preguntó Bruno.

María era la criada de la familia desde que Bruno tenía 3 años. En general siempre se habían llevado bien. Su trabajo consistía en sacar el polvo, lavar la ropa, ayudar con la compra y en la cocina. A veces llevaba a Bruno a la escuela y lo iba a buscar, aunque desde que Bruno cumplió 9 años ya podía ir a la escuela y volver a casa solo.

–¿Qué pasa? ¿No te gusta esta casa? –dijo al fin la criada.

–¿Gustarme? ¡Pues claro que no me gusta! Es espantosa. No hay nada que hacer, no hay nadie con quien hablar o jugar. No irás a decirme que estás contenta de que hayamos venido a vivir aquí, ¿verdad? –contestó Bruno.

–Me gustaba el jardín de la casa de Berlín. Había unas flores preciosas. Me gustaba ver las abejas revoloteando alrededor de las flores –dijo María.

–Entonces esta casa no te gusta, ¿verdad? ¿La encuentras tan horrible como yo? –insistió Bruno.

–Eso no tiene importancia.

–¿Qué es lo que no tiene importancia? – preguntó Bruno.

–Lo que yo piense – contestó María.

–Claro que tiene importancia. Tú formas parte de la familia, ¿no? –protestó Bruno.

–No creo que tu padre esté de acuerdo con lo que dices –comentó María, sonriendo.

–Te han traído aquí contra tu voluntad, igual que a mí. Si quieres saber mi opinión, estamos todos en el mismo barco. Y el barco hace agua –le respondió Bruno.

Bruno creyó que María le daría su propia opinión, pero María no respondió y se limitó a dejar la ropa encima de la cama. Bruno insistió:

–Dime lo que piensas, María, por favor. Porque si resulta que todos pensamos igual, a lo mejor podemos convencer a Padre de que nos lleve a casa otra vez.

–Tu padre sabe lo que nos conviene. Tienes que confiar en él –contestó María.

–No sé si confío en él. Creo que ha cometido un grave error –dijo Bruno.

–Si es así, debemos aguantarnos –concluyó María.

Bruno, enfadado porque le fastidiaba que las reglas que se aplican a los niños nunca se aplican a los adultos, añadió:

–A mí cuando cometo errores me castigan. Padre es un estúpido –dijo Bruno.

María abrió los ojos como platos y le tapó la boca a Bruno, horrorizada. Miró alrededor para comprobar que nadie los estaba escuchando y le dijo a Bruno:

–No debes decir eso. Jamás debes decir que tu padre es un estúpido.

–No veo por qué no puedo decir que mi padre es un estúpido –comentó Bruno.

—Porque tu padre es un hombre bueno. Nos cuida a todos
—dijo María.

—¿Trayéndonos aquí, al medio de la nada? ¿Así es como
cuida de nosotros? —preguntó Bruno.

María le contestó con firmeza:

—Tu padre ha hecho muchas cosas buenas de las que deberías estar orgulloso. Si no fuera por tu padre, ¿dónde estaría yo ahora? Tú no te acuerdas de cuando empecé a trabajar de criada. Entonces tenías sólo 3 años. Tú padre me ayudó cuando yo lo necesitaba. Me ofreció un empleo, un hogar. Me alimentó. No puedes imaginar lo que es pasar hambre. Tú nunca has pasado hambre, ¿verdad?

Bruno miró a María y comprendió por primera vez que nunca había considerado que ella fuera una persona con una vida y una historia propias. Al fin y al cabo, siempre la había visto únicamente como la criada de su familia. Ni siquiera estaba seguro de haberla visto alguna vez con otra ropa que no fuera el **uniforme**²⁷ de criada. Debía de tener pensamientos en la cabeza. Entonces se fijó también en que era muy guapa.

—Sí, tu padre se portó muy bien conmigo. Me ofreció un empleo. Cuando mi madre enfermó, tu padre pagó a los médicos. Y cuando mi madre murió, también pagó todos los gastos del **funeral**²⁸. Así que no vuelvas a llamar estúpido a tu padre, Bruno. Al menos no en mi presencia, porque no lo permitiré
—continuó María.

Bruno había esperado que la criada se pusiera de su lado, pero enseguida se dio cuenta de que ella siempre estaría del

²⁷ Un **uniforme** es un traje usado por los miembros de una organización. Puede ser el uniforme militar, el uniforme de colegio, el uniforme de los pilotos, de las criadas del hogar o de otros trabajos.

²⁸ Un **funeral** es una ceremonia que se lleva a cabo para despedir a una persona cuando ha fallecido.

lado de su padre. Además, la historia que acababa de contar María le hacía sentirse muy orgulloso de su padre.

–Bueno, supongo que se portó bien –dijo Bruno.

–Sí. Se portó muy bien conmigo –afirmó María–. Hay mucha bondad en su corazón, mucha bondad, por eso no entiendo...

–¿Qué no entiendes? –preguntó Bruno.

Un portazo en el piso de abajo se escuchó por toda la casa como si fuera un disparo. Se oyeron los pasos de alguien que subía la escalera con prisa. Gretel, la hermana de Bruno, asomó la cabeza por la puerta y pareció sorprenderse de ver a su hermano con la criada.

–¿Qué está pasando aquí? –preguntó Gretel.

–No está pasando nada. ¿Qué quieres, Gretel? Vete –dijo Bruno.

–Vete tú –contestó Gretel y miró a María y le ordenó que le preparara la bañera.

–¿Por qué no te la preparas tú? –le dijo Bruno.

–Porque María es la criada y para eso está aquí –contestó Gretel.

Bruno fue hacia su hermana Gretel y le gritó:

–María no está aquí para hacérselo todo, ¿sabes? María no está aquí para hacer las cosas que podemos hacer nosotros mismos.

Gretel miró a su hermano como si se hubiera vuelto loco, y luego miró a la criada.

–Ahora mismo voy a prepararle la bañera, señorita Gretel. Acabo de ordenar la ropa de su hermano y me ocupo de usted –dijo María.

–Pues no tardes –le dijo Gretel de forma brusca, y se marchó a su habitación.

Gretel, la hermana de Bruno, nunca se había parado a pensar que María era una persona con sentimientos igual que las demás y por eso la trataba mal.

Bruno estaba molesto con el comportamiento maleducado de su hermana y continuó hablando con María acerca de su padre y de vivir en Auchviz:

–Sigo pensando que Padre ha cometido un gran error al hacernos venir aquí.

–Aunque lo pienses, no lo digas en voz alta. Prométemelo –contestó María.

–Pero ¿por qué? Sólo digo lo que siento. ¿No puedo decir lo que siento? Eso no está prohibido –dijo el niño.

–Sí, está prohibido. No quiero que digas nada, Bruno. No te imaginas los problemas que podrías causarnos a todos si dices algo –insistió María.

–Bueno, sólo decía que este sitio no me gusta, nada más. No estoy planeando escaparme, pero si lo hiciera, creo que a nadie le importaría –respondió Bruno.

–¿Y matar a tus padres del disgusto? Si tienes algo de **sentido común**²⁹, te quedarás callado y te concentrarás en tus deberes y en lo que te diga tu padre. No está en nuestras manos cambiar las cosas.

De pronto, y sin motivo aparente, Bruno sintió ganas de llorar. Entonces se dirigió a la puerta.

–¿Adónde vas? –le preguntó María.

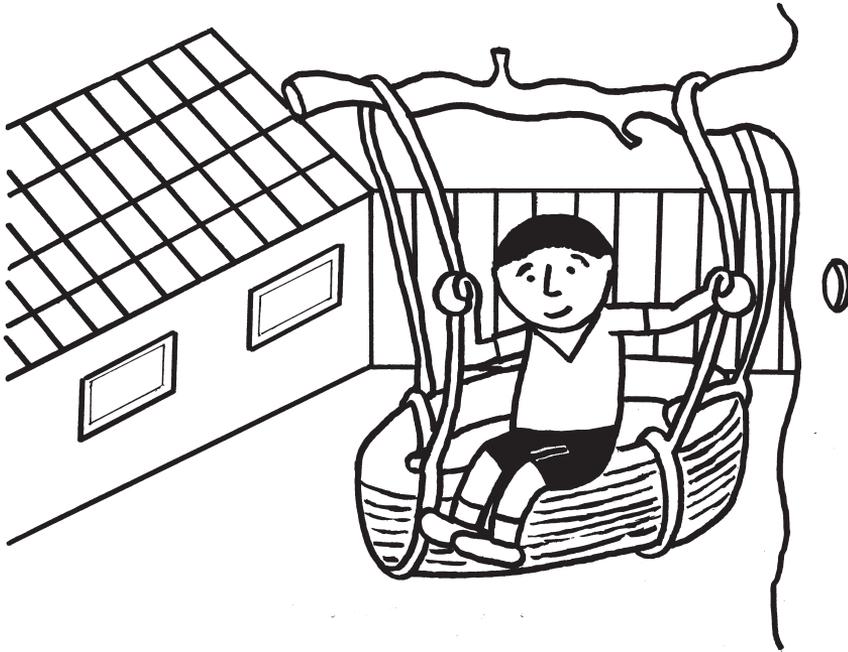
²⁹ El **sentido común** significa la facultad o capacidad que tienen las personas para juzgar razonablemente las cosas.

–Afuera –contestó Bruno.

Bruno salió de la casa y echó a correr. A lo lejos vio la verja que conducía a la carretera que conducía a la estación del tren que lo llevaría hasta su antigua casa y pensó en escaparse. Pero la idea de escaparse y volver a su casa de Berlín solo era todavía más desagradable que la de permanecer allí, en Auchviz.

CAPÍTULO 7

EL DÍA QUE MADRE SE ATRIBUYÓ EL MÉRITO DE ALGO QUE NO HABÍA HECHO



Varias semanas después de que Bruno llegara a Auchviz con su familia decidió que lo mejor que podía hacer era empezar a buscar alguna forma de **distraerse**³⁰, o se volvería loco.

Para mantenerse ocupado, Bruno dedicó toda la mañana y toda la tarde de un sábado a preparar un nuevo pasatiempo.

³⁰ **Distraerse** significa divertirse o entretenerse con algo o con alguien.

Cerca de la casa había un roble. Era un árbol alto, con grandes y gruesas ramas capaces de soportar el peso de un niño.

Sólo había dos cosas que Bruno necesitaba para su nuevo pasatiempo: unos trozos de cuerda y un **neumático**³¹. Encontrar la cuerda fue fácil porque encontró varios rollos en el sótano de la casa. Cogió un cuchillo y cortó todos los trozos de cuerda que consideró necesarios. Los llevó al **roble**³² y los dejó en el suelo para utilizarlos más adelante.

El neumático fue más difícil de conseguir. Vio a Gretel hablando con el teniente Kotler y decidió pedirle el neumático a él.

No sabía explicar por qué pero el teniente Kotler no le caía bien. Aún así Bruno se armó de valor y se acercó a saludarlo. Lo que Kotler decía a Gretel debía ser muy gracioso porque ella reía a carcajadas.

–Hola –dijo Bruno al acercarse a ellos.

Gretel lo miró con cara de fastidio.

–¿Qué quieres? –le preguntó Gretel.

–No quiero nada, solo he venido para saludar –le respondió Bruno mirándola con mala cara.

–Tendrá que perdonar a mi hermano pequeño, es que sólo tiene 9 años –le dijo Gretel al teniente Kotler.

–Buenos días, jovencito. ¿Qué te trae por aquí tan temprano un sábado por la mañana? –dijo Kotler.

–No es tan temprano. Son casi las 10 en punto –le respondió Bruno–. ¿Puedo pedirle un favor? –le preguntó Bruno.

³¹ El **neumático** es una pieza de caucho que se coloca en las ruedas de diversos vehículos y máquinas.

³² El **roble** es un tipo de árbol que tiene una madera muy dura.

–Adelante –dijo Kotler.

–¿Sabe si hay algún neumático por aquí? Uno que ya no utilicen –le preguntó Bruno.

–Claro que sí. Pero, ¿para qué lo quieres? –dijo el **teniente**³³ Kotler.

–Quiero construir un columpio. Ya sabe, con un neumático y cuerda, colgado de las ramas de un árbol –contestó Bruno.

–Ah, ya. Yo también me hacía columpios cuando era pequeño. Mis amigos y yo pasamos tardes estupendas jugando con ellos –explicó Kotler.

A Bruno le sorprendió tener algo en común con él y más aún saber que el teniente Kotler había tenido amigos.

En ese momento, Kotler vio a Pavel, el anciano que por las tardes acudía a la cocina a pelar las **hortalizas**³⁴ para la cena, antes de ponerse la chaqueta blanca y servir la mesa.

–¡Eh, tú! Ven aquí –gritó Kotler.

Pavel se acercó y Kotler le habló de una forma muy desagradable.

–Lleva a este jovencito al almacén que hay detrás de la casa. Amontonados junto a una pared verás unos neumáticos viejos. Que elija uno y tú se lo llevas a donde él te diga. ¿Lo has entendido? –dijo Kotler.

–Sí, señor –respondió Pavel en voz baja y agachando la cabeza.

³³ **Teniente** es un oficial del ejército.

³⁴ Las **hortalizas** son un conjunto de plantas cultivadas en huertas, que se consumen como alimento, ya sea de forma cruda o cocinada. Entre las hortalizas encontramos las cebollas, las judías, las zanahorias, los pepinos, los tomates, los pimientos, etc.

–Y después, cuando vuelvas a la cocina, asegúrate de que te lavas las manos antes de tocar la comida, ¡asqueroso!
–le dijo Kotler.

Bruno miró a Gretel, que había estado contemplando la situación admirando al teniente Kotler. Ni Gretel ni Bruno habían hablado antes con Pavel pero era muy buen camarero y, según su padre, buenos camareros no había muchos.

–Ya puedes irte –le ordenó Kotler a Pavel.

Pavel dio media vuelta y guió a Bruno hasta el almacén; de vez en cuando Bruno miraba hacia atrás, pues no le hacía ninguna gracia dejar a su hermana sola con el teniente Kotler. Para Bruno, Kotler era una persona **repugnante**³⁵.

Pavel llevó el neumático hasta el roble y Bruno trepó y bajó, trepó y bajó y trepó y bajó por el tronco para atar bien un extremo de las cuerdas a las ramas y el otro al neumático. Bruno consiguió construir su columpio con éxito.

Por fin instalado en el neumático, empezó a columpiarse como si no tuviera ni una sola preocupación, sin importarle que fuera uno de los columpios más incómodos en los que se había sentado.

Luego se tumbó boca abajo sobre el neumático y se dio impulso con los pies contra el suelo. Cada vez se columpiaba más rápido y más alto. Aquello funcionó muy bien hasta que, de pronto, resbaló del neumático, justo cuando intentaba darse un nuevo impulso y se cayó de frente al suelo.

Todo se volvió negro, pero pronto recuperó la visión y se incorporó. En ese momento el neumático aún seguía balanceándose hacia atrás y le golpeó la cabeza. Bruno gritó y se

³⁵ Una cosa **repugnante** es una cosa desagradable, que provoca asco y disgusto.

apartó. Cuando por fin logró ponerse en pie, le dolía mucho un brazo y una pierna, pues había caído sobre ellos, aunque no creía que los tuviera rotos.

De repente la herida que se había hecho en la pierna le empezó a sangrar y no supo qué hacer. Aún así, no tuvo que pensarlo mucho porque el lugar donde él se encontraba se veía desde la cocina, y Pavel se encontraba ahí, pelando patatas, y había visto el accidente. Pavel fue corriendo hacia él para poder ayudarlo.

–No entiendo qué ha pasado, no parecía peligroso –comentó Bruno.

–Te elevabas demasiado. Te he visto. Estaba pensando que en cualquier momento te harías daño –le dijo Pavel en voz baja.

–Y me lo he hecho –dijo Bruno.

Pavel lo llevó en brazos por el jardín hacia la casa, entró en la cocina y lo sentó en una silla.

–¿Dónde está Madre? –preguntó Bruno, mirando alrededor en busca de la primera persona a la que siempre recurría cuando tenía un problema.

–Me temo que tu Madre todavía no ha regresado. Sólo estoy yo –respondió Pavel.

–Entonces ¿qué va a suceder? Podría morir **desangrado**³⁶ –dijo con miedo Bruno.

–No vas a morir desangrado –le aseguró Pavel, y acercó un taburete y puso la pierna de Bruno encima.

El niño observó cómo cogía el botiquín y llenaba un **cuen-co**³⁷ con agua.

³⁶ **Desangrarse** es perder mucha sangre.

³⁷ Un **cuenco** es un recipiente, parecido a un plato hondo.

–¿Tendrán que llevarme al hospital? –preguntó Bruno.

–No, no. Sólo es un pequeño corte, ni siquiera necesitas puntos –le contestó Pavel intentando tranquilizarle.

Pavel se arrodilló de nuevo a su lado, mojó un paño con agua y se lo aplicó con cuidado en la rodilla, hasta que la herida dejó de sangrar. Después le aplicó un líquido verde del botiquín, buscó un **apósito**³⁸ en el botiquín y le cubrió la herida.

–Listo, así está mejor, ¿no? –le dijo Pavel.

Bruno **asintió**³⁹ con la cabeza, avergonzándose un poco por no haber demostrado todo el valor que le habría gustado.

–Gracias –dijo Bruno.

–De nada –le contestó Pavel.

Pavel le recomendó que se quedara sentado unos minutos para que la herida descansara y le recomendó que sería mejor que hoy no volviera a subir al columpio. Bruno le hizo caso a Pavel y mantuvo la pierna estirada encima el taburete mientras Pavel iba al fregadero y se lavaba las manos antes de volver a pelar patatas.

–¿Le contarás a Madre lo que ha pasado? –preguntó Bruno.

–Creo que lo verá ella misma –contestó Pavel.

–Sí, supongo que sí. A lo mejor quiere llevarme al médico –le dijo Bruno.

–No lo creo –le contestó Pavel.

–Eso nunca se sabe, podría ser peor de lo que parece –dijo Bruno.

³⁸ Un **apósito** es cualquiera de los diferentes productos sanitarios empleados para cubrir y proteger una herida.

³⁹ **Asentir** es admitir como cierto lo que otra persona ha afirmado o propuesto antes.

–No lo es –le contestó Pavel.

–¿Y usted cómo lo sabe? Usted no es médico –dijo Bruno un poco molesto.

–Sí, lo soy –afirmó Pavel.

Bruno se quedó mirándolo, sorprendido. Aquello no tenía ninguna lógica.

–Pero si usted es camarero. Y pela las hortalizas para la cena. ¿Cómo puede ser también médico? –preguntó Bruno.

–Mira joven, te aseguro que soy médico –contestó Pavel.

Bruno observó atentamente a Pavel por primera vez. Era un hombre menudo y delgado, con largos dedos. Era mayor que Padre pero más joven que Abuelo.

–Pues no lo entiendo, si es médico, ¿por qué trabaja de camarero? ¿Por qué no está en un hospital? –preguntó Bruno.

–Antes de venir aquí practicaba la medicina.

–¿Practicaba? ¿Qué pasaba? ¿No lo hacía bien? –preguntó Bruno.

–Sí, lo hacía muy bien. Verás, siempre quise ser médico, desde que era muy pequeño –contestó Pavel.

–¿Usted lleva mucho tiempo en Auchviz? –preguntó Bruno.

–Creo que siempre he estado aquí –contestó Pavel.

–¿Se crió aquí? –le siguió preguntando Bruno.

–No. No me crié aquí –respondió Pavel.

–Pero si acaba de decir...

Antes de que Bruno terminase la frase, se oyó la voz de Madre fuera. Pavel se puso en pie de un brinco y volvió con sus tareas, le dio la espalda a Bruno, agachó la cabeza y no volvió a hablar.

–¿Se puede saber qué te ha pasado? –preguntó Madre cuando llegó a la cocina y se inclinó para examinar el apósito que cubría la herida de Bruno.

–He construido un columpio y me caí de él. Entonces, el columpio me golpeó la cabeza pero Pavel me trajo aquí, me curó y me trajo un apósito. Aunque me escocía mucho, no he llorado –le contó Bruno a su Madre.

–Le he limpiado la herida. No hay nada que temer –dijo Pavel sin levantar la cabeza.

–Ve a tu habitación, Bruno –le dijo Madre a Bruno, un poco enfadada.

Bruno bajó de la silla y salió de la cocina, a pesar de que aún le dolía la rodilla. Mientras iba hacia la escalera oyó a Madre dar las gracias a Pavel y se alegró porque parecía evidente que, de no ser por él, habría muerto desangrado.

Antes de subir al piso oyó otra cosa y aquello fue lo último que Madre le dijo a Pavel:

–Si el **comandante**⁴⁰ pregunta algo, diremos que yo curé la herida de Bruno.

A Bruno le pareció muy egoísta que Madre se **atribuyera**⁴¹ el mérito de algo que no había hecho.

⁴⁰ Un **comandante** es un jefe militar.

⁴¹ **Atribuir** es aplicar hechos o cualidades a alguna persona o cosa.

CAPÍTULO 8

POR QUÉ LA ABUELA SE MARCHÓ FURIOSA



Las dos personas de Berlín que Bruno más echaba de menos eran sus abuelos. Vivían en Berlín, en un piso pequeño cerca de los puestos de fruta y verdura. Cuando Bruno se fue a Auchviz, su abuelo tenía casi 73 años.

El Abuelo tenía un restaurante en el centro de la ciudad y uno de los cocineros de ese restaurante era el padre de Martín, un amigo de Bruno. Aunque el Abuelo ya no cocinaba

ni servía mesas, se pasaba el día en el restaurante, por la tarde se sentaba a la barra y charlaba con los clientes, y por la noche cenaba allí y se quedaba hasta la hora de cerrar, riendo con sus amigos.

La Abuela parecía mucho más joven que las abuelas de los otros niños. Tenía 62 años. Cuando era joven cantaba y en uno de sus conciertos fue cuando conoció al abuelo, y éste le había convencido para que se casara con él. La Abuela tenía el pelo largo y pelirrojo, y los ojos verdes. La Abuela siempre animaba las reuniones familiares, se sentaba al lado del piano y cantaba. Todos le pedían que cantara una canción pero ella decía que ya estaba mayor para cantar. Aún así, al final se animaba, sentándose en el piano mientras cantaba.

En casa de Bruno, el **momento culminante**⁴² de las fiestas era cuando la Abuela cantaba, que por algún extraño motivo siempre coincidía con el momento en que Madre abandonaba el salón donde estaban los invitados y se iba a la cocina con alguna de sus amigas. Padre siempre se quedaba a escuchar, y Bruno también porque nada le gustaba más que oír a la Abuela cantar a pleno pulmón y, al final, escuchar los aplausos de los invitados.

A la Abuela le gustaba pensar que Bruno o Gretel serían también unos artistas. En todas las navidades y fiestas de cumpleaños montaban una pequeña obra de teatro que los 3 (Bruno, Gretel y la Abuela) interpretaban para Madre, Padre y el Abuelo. La Abuela era quien escribía aquellas obras de teatro y en ellas siempre había alguna canción. Mientras la Abuela cantaba, Bruno hacía algún truco de magia y Gretel bailaba. Bruno finalizaba la obra recitando alguna poesía.

Lo mejor de aquellas funciones era que la Abuela hacía los disfraces para Bruno y Gretel. Bruno siempre se disfrazaba

⁴² El **momento culminante** es el momento más importante.

de príncipe o de **jeque**⁴³ árabe y en una ocasión hasta de **gladiador**⁴⁴ romano.

Claro que la última obra de teatro que habían interpretado terminó mal y Bruno todavía la recordaba con tristeza, aunque no sabía por qué motivo se inició la discusión.

Aproximadamente una semana antes de la representación de la obra de teatro, se notaba mucho nerviosismo en la casa porque el Jefe de Padre había ido a cenar a casa de Bruno y además había nombrado a Padre comandante. Madre había dicho a Bruno que felicitara a Padre y él lo había hecho, aunque no entendía muy bien el motivo de esa celebración.

El día de Navidad, Padre se puso el uniforme nuevo de comandante y cuando la familia le vio aparecer, comenzó a aplaudir. Madre se acercó a él y lo besó en la mejilla. Los **galones**⁴⁵ del uniforme fue lo que más impresionó a Bruno y le dejaron poner la gorra de Padre un rato.

El Abuelo se mostró muy orgulloso de su hijo cuando lo vio con su nuevo uniforme. La Abuela fue la única que no parecía impresionada. Ella no estaba de acuerdo con que su hijo fuera militar y el ascenso del Padre a comandante no le agradó.

Después de cenar y después de que Gretel y Bruno habían representado su nueva obra de teatro, la Abuela se sentó en una butaca y miró a Padre como si le hubiera dado un gran disgusto.

–Quizá me equivoqué en eso. Quizá las obras que te hacía interpretar cuando eras niño te han llevado a disfrazarte como una marioneta –dijo la Abuela a Padre.

⁴³ Un **jeque** es un jefe entre los musulmanes que gobierna en un territorio.

⁴⁴ Un **gladiador** era una persona que luchaba contra otra persona o contra un animal, en los juegos públicos de la antigua Roma.

⁴⁵ Un **galón** es un distintivo que llevan en el uniforme diferentes clases del ejército.

–Por favor, Madre. Sabes muy bien que no es el momento de enfadarnos –contestó Padre.

Ese día, la Abuela mostró su desacuerdo pero el Abuelo y Padre le dijeron que era Navidad, un día de celebración familiar, y no había que enfadarse. El Abuelo recordaba con orgullo el día que el Padre fue alistado para ir a la guerra. Estaba orgulloso de ver cómo su hijo ayudaba al país y de tener un cargo de tanta responsabilidad.

La Abuela estaba enfadada y empezó a discutir con Padre y el Abuelo hasta que Madre intervino tratando de poner paz:

–¿No crees que tu hijo está muy guapo con su nuevo uniforme?

–¿Guapo? ¿Has dicho guapo? ¿Crees que eso es lo que importa? ¿Estar guapo? –preguntaba la Abuela.

En ese momento Bruno habló:

–¿Y yo? ¿Estoy guapo con mi disfraz de presentador? –pregunto Bruno, porque eso era lo que llevaba aquella noche en la fiesta familiar y estaba muy orgulloso de su traje, un traje rojo y negro de un presentador de circo.

Todos miraron inmediatamente a Bruno y a su hermana Gretel.

–Niños, arriba. Subid a vuestras habitaciones –dijo Madre.

–¿Por qué? ¿No podemos jugar aquí abajo? –protestó Gretel.

–No, niños. Subid a vuestras habitaciones y cerrad la puerta –insistió Madre.

La Abuela continuó protestando, sin prestar atención a los niños:

–Eso es lo único que os interesa a los soldados: estar guapos con vuestros elegantes uniformes. Disfrazaros y hacer

cosas espantosas. Me dais vergüenza. Pero no te culpo a ti, hijo, sino a mí misma.

La Madre volvió a insistir en que Bruno y Gretel subieran a su habitación y fue en ese momento cuando los dos obedecieron.

Pero en lugar de ir a sus habitaciones, se sentaron en el rellano de la escalera y escuchaban lo que decían los adultos abajo. Al final, pasados unos minutos, la Abuela, muy enfadada, cogió su abrigo del perchero para salir de casa y gritó, antes de marcharse:

–¡Qué vergüenza! ¡Que mi propio hijo sea...!

–¡Un patriota! –gritó Padre, interrumpiendo a su madre.

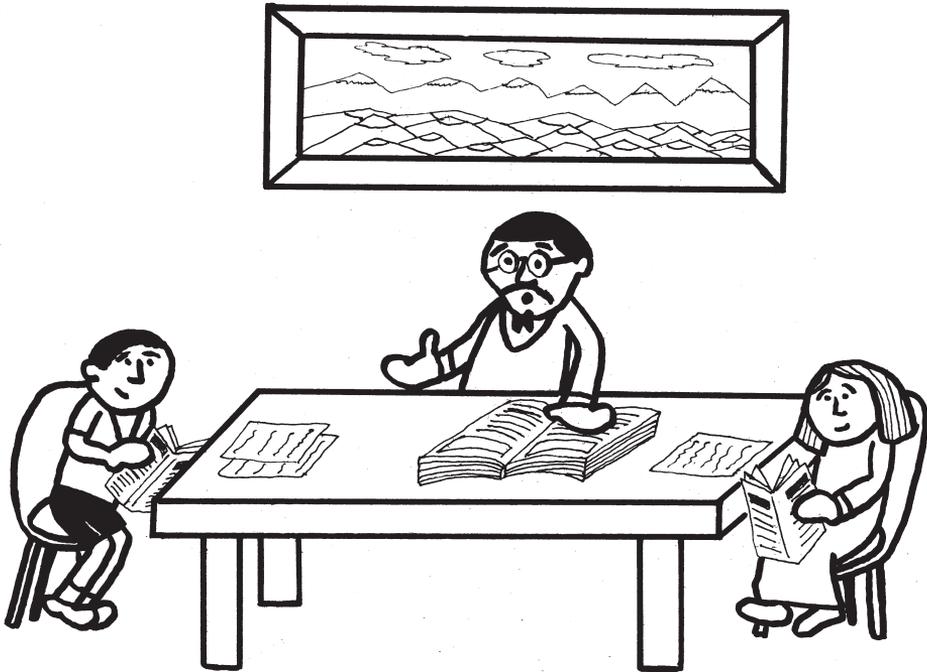
–¡Eso, un patriota! Mira qué gente viene a cenar a esta casa. Me dan ganas de vomitar. ¡Y cuando te veo con ese uniforme me dan ganas de arrancarme los ojos! –añadió la Abuela antes de marcharse furiosa y cerrar con un portazo.

Bruno no había visto mucho a la Abuela desde aquel día y no había podido despedirse de ella antes de viajar a Auchviz, pero la echaba tanto de menos que decidió escribirle una carta.

Un buen día tomó papel y pluma, se sentó y le contó lo desgraciado que se sentía en la nueva casa y que tenía muchas ganas de volver a su casa de Berlín. Le habló de la casa y el jardín y la alta alambrada y las cabañas y los pequeños edificios que había detrás de la alambrada y las columnas de humo y los soldados, pero sobre todo le habló de la gente que vivía allí y de sus pijamas de rayas y sus gorras de rayas. Por último le dijo cuánto la echaba de menos y firmó así: “Tu nieto que te quiere, Bruno”.

CAPÍTULO 9

BRUNO RECUERDA QUE LE GUSTABA JUGAR A LOS EXPLORADORES



Durante un tiempo nada cambió en Auchviz.

Bruno tenía que aguantar a Gretel, que se ponía muy anti-pática con él cuando estaba de mal humor, que era casi siempre, porque su hermana era tonta de remate.

Y seguía queriendo volver a su casa de Berlín, aunque los recuerdos de la vida en Berlín empezaban a borrarse. Llevaba varias semanas sin escribir al Abuelo o la Abuela.

Los soldados continuaban entrando y saliendo todos los días de la semana, con reuniones en el despacho de Padre, donde estaba Prohibido Entrar Bajo Ningún Concepto y Sin Excepciones.

El teniente Kotler seguía paseándose con sus botas negras, como si no hubiera en el mundo nadie más importante que él. Y cuando no se encontraba con Padre, estaba en el camino de la casa hablando con Gretel mientras ella reía nerviosa y se rizaba el cabello con los dedos, o **susurrando**⁴⁶ en alguna habitación con Madre.

Las criadas seguían lavando, barriendo, cocinando, limpiando, sirviendo, recogiendo, y nunca hablaban con nadie a no ser que se les hablase directamente a ellas. María seguía dedicando la mayor parte del tiempo a ordenar la ropa de Bruno y asegurarse de que estuviera bien doblada en su armario.

Y Pavel seguía acudiendo a la casa todas las tardes para pelar patatas y zanahorias y ponerse luego su chaqueta blanca y servir la cena. (A veces Bruno lo veía mirar su rodilla, donde se veía una pequeña cicatriz que se hizo en el accidente con el columpio, pero nunca se dirigían la palabra.)

Y entonces cambiaron las cosas. Padre decidió que ya era hora de que sus hijos volvieran a estudiar, aunque a Bruno le parecía ridículo que montaran una escuela solo para dos alumnos. Pero Madre y Padre pensaron que era necesario contratar a un profesor particular que fuera a casa todos los días para darles clases por las mañanas y por las tardes.

Unos días después, una persona llamada Liszt llegó por el camino con su viejo automóvil y comenzaron las clases. El profesor Liszt era un **misterio**⁴⁷ para Bruno. Aunque en gene-

⁴⁶ **Susurrar** es hablar bajo.

⁴⁷ Un **misterio** es una cosa que no se puede comprender o explicar.

ral se mostraba simpático y nunca le pegaba como hacía su profesor anterior de Berlín, algo en su mirada le hacía pensar que tenía mucha rabia interior, que podía liberarse en cualquier momento.

Al profesor Liszt le gustaba mucho la geografía y la historia, mientras que Bruno prefería la lectura y el dibujo.

–Eso no te servirá para nada. Hoy en día es mucho más importante conocer mejor las **ciencias sociales**⁴⁸ –insistía el profesor.

–En Berlín, la Abuela siempre nos dejaba interpretar obras de teatro –dijo Bruno en cierta ocasión.

–Pero tu abuela no era tu maestro, ¿verdad que no? Era tu abuela. Y yo soy tu maestro, así que estudiarás las cosas que yo crea importantes y no sólo las que te gustan –contestó el profesor Liszt.

–Pero ¿no son importantes los libros? –preguntó Bruno.

–Sí, los libros que tratan de cosas importantes –explicó el profesor Liszt–. Pero no los libros de cuentos. Los libros sobre cosas que nunca han pasado, no. A ver, ¿qué sabes tú de tu historia, joven?

–Bueno, sé que nací el 15 de abril del 34...

–No me refiero a tu historia personal. Me refiero a la historia de quién eres y de dónde vienes. A tu patrimonio familiar. A tu Patria, la tierra de tus padres.

Bruno reflexionó. No estaba muy seguro de tener una Patria, porque, aunque la casa de Berlín era grande y cómoda, no había mucho jardín alrededor. Y también sabía que sus padres

⁴⁸ Las **ciencias sociales** son aquellas ciencias que se ocupan de aspectos del comportamiento y actividades de los humanos. La geografía y la historia son dos ciencias sociales.

no eran los **propietarios**⁴⁹ de Auchviz, aunque allí sí había mucha tierra.

–No sé mucho de historia. Pero sí se algo de la Edad Media. Me gustan las historias de caballeros, aventuras y exploraciones –contestó Bruno.

–Entonces, eso es lo que tengo que cambiar, no leer libros de cuentos y enseñarte más cosas sobre tus orígenes. Sobre las grandes injusticias que has sufrido –dijo el profesor Liszt.

Bruno se mostró satisfecho, pensó que le darían una explicación sobre por qué se habían visto obligados a marchar todos de su cómoda casa y dirigirse a aquel lugar tan espantoso.

Unos días más tarde, estando solo en su habitación, Bruno empezó a pensar en todo lo que le gustaba hacer en su antigua casa y que no podía repetir en Auchviz. La mayoría de cosas no había podido hacerlas porque ya no tenía amigos con quienes divertirse y Gretel nunca jugaba con él. Pero había una cosa que sí podía realizar solo y que siempre hacía en Berlín: jugar a los exploradores.

Cuando Bruno era pequeño le gustaba explorar. Cuando vivía en Berlín lo conocía todo y podía encontrar todo lo que quisiera incluso con los ojos vendados. En Auchviz estaba todo por explorar. Así que pensó que había llegado el momento de empezar a explorar.

Y a continuación, antes de poder cambiar de opinión, saltó de la cama, cogió un abrigo y un par de botas viejas y se preparó para salir de la casa.

No tenía sentido explorar dentro. Aquella casa no era como la de Berlín, que tenía muchos rincones y extraños cuartitos. Aquella casa era malísima para explorar. Si quería jugar a los exploradores, tendría que salir fuera.

⁴⁹ Un **propietario** es una persona que tiene derecho de propiedad sobre una cosa, que puede ser una casa, un campo, un vehículo, etc.

Bruno llevaba meses mirando por la ventana de su dormitorio y contemplando el jardín, la alta alambrada, las casas y edificios que había detrás y la gente que vivía allí con sus pijamas de rayas. Y aunque observaba mucho a esas personas con sus pijamas de rayas, nunca se había preguntado qué significaba todo eso.

Era una especie de ciudad diferente, cuyos habitantes vivían y trabajaban juntos, separada de la casa donde vivía Bruno por una alambrada.

Todas las personas de ese campo llevaban la misma ropa, aquellos pijamas y gorras de rayas, y todas las personas que paseaban por la casa de Bruno llevaban uniformes con muchos adornos, llevaban armas y siempre estaban muy serias.

Bruno se preguntaba sobre quiénes tenían que llevar el pijama de rayas y quiénes el uniforme. ¿Dónde estaba exactamente la diferencia? ¿Y quién decidía quiénes llevaban el pijama de rayas y quiénes llevaban el uniforme?

A veces los 2 grupos se mezclaban. Bruno había visto muchas veces a personas con uniformes al otro lado de la alambrada, y observándolas se dio cuenta de que eran ellas quienes mandaban a los que llevaban el pijama de rayas. Los del pijama de rayas se ponían en posición de firmes cuando se les acercaban los soldados, y a veces se caían al suelo y no podían levantarse y tenían que llevárselos.

Padre pasaba al otro lado muchas veces, pero nunca había invitado a nadie del otro lado a venir a casa.

A veces, algunos soldados se quedaban a cenar en casa de Bruno. Cuando venían, se les servía muchas bebidas espumosas y cuando Gretel y Bruno terminaban el postre los mandaban a dormir. Entonces se oía mucho ruido abajo y también cantaban, aunque muy mal. A Padre y Madre les gustaba la compañía de aquellos soldados. Pero nunca habían invitado a cenar a ninguno con pijama de rayas.

Bruno decidió salir de casa. Miró hacia la derecha, hasta donde alcanzaba la vista, y vio que la alta alambrada era muy larga, y se alegró de que así fuera. Aquello significaba que él no sabía que había más allá y que podía ponerse a andar para averiguarlo, pues al fin y al cabo en eso consistía explorar. Y Bruno de mayor quería ser explorador.

Sin embargo, antes de echar a andar en aquella dirección, había una última cosa que **investigar**⁵⁰: el banco. Bruno llevaba meses contemplándolo, observando la placa que tenía. Lo llamaba “el banco de la placa”, pero sin saber qué ponía en la placa. Miró a izquierda y derecha para comprobar que no venía nadie y luego se acercó corriendo al banco. Solo era una pequeña placa de bronce y Bruno la leyó en silencio.

En la placa estaba escrito lo siguiente: “Obsequiado con motivo de la inauguración del Campo de Auchviz. Junio de 1940”.

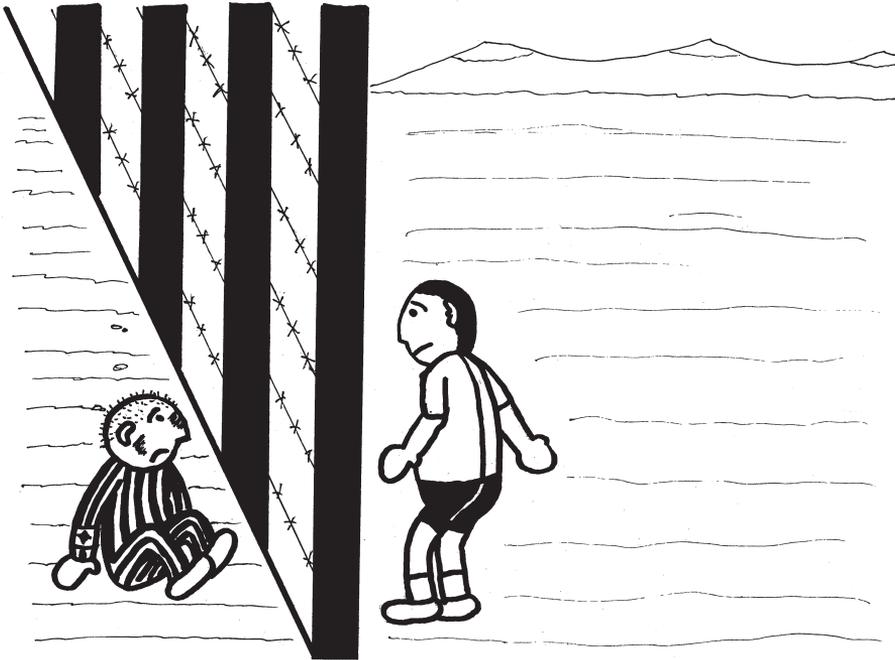
Estiró el brazo y la tocó; el bronce estaba muy frío, así que apartó rápidamente los dedos. Respiró hondo e inició su excursión.

En lo único que Bruno intentaba no pensar era que tanto Madre como Padre le habían avisado en muchas ocasiones que estaba prohibido pasear en aquella dirección, que estaba prohibido acercarse a la alambrada del campo, y sobre todo que en Auchviz estaba prohibido explorar. Sin excepciones.

⁵⁰ **Investigar** es realizar actividades para descubrir una cosa.

CAPÍTULO 10

BRUNO ENCUENTRA A SHMUEL



El paseo a lo largo de la alambrada duró más de lo que Bruno había imaginado. La alambrada parecía prolongarse varios kilómetros. Siguió caminando y en todo aquel rato nunca vio a nadie cerca de la alambrada. Tampoco encontró ninguna puerta por donde entrar, y empezó a pensar que su exploración iba a ser un fracaso.

Cuando llevaba casi una hora andando y empezaba a tener hambre, pensó que quizá ya había explorado suficiente por

aquel día y que debería volver. Entonces vio a lo lejos un puntito e intentó distinguir qué era. Conforme se acercaba se dio cuenta de que era un niño.

Estaba allí sentado, sin molestar a nadie. Aunque los separaba la alambrada, él sabía que debía tener mucho cuidado con los desconocidos y que siempre era mejor tener precaución con los desconocidos. Así que siguió andando y poco después estaban uno frente a otro pero separados por la alambrada.

–Hola –dijo Bruno.

–Hola –contestó el niño desconocido.

El niño desconocido era más bajo que Bruno y estaba sentado en el suelo con expresión de tristeza. Llevaba el mismo pijama de rayas que vestían todos al otro lado de la alambrada. No calzaba zapatos ni calcetines y tenía los pies muy sucios. En el brazo llevaba un **brazalete**⁵¹ con una estrella, que era la estrella que llevaban todos los que eran **judíos**⁵².

El niño estaba sentado con las piernas cruzadas y la cabeza inclinada cuando Bruno se le acercó. Al cabo de un momento levantó la cabeza y pudo verle la cara. Tenía un rostro muy extraño. Su piel era casi gris, tan pálida que no se parecía a ninguna que Bruno había visto antes. Tenía los ojos muy grandes. Cuando Bruno lo miró, en lo único que se fijó fue en sus ojos enormes y tristes que le devolvían la mirada.

Bruno estaba seguro de que jamás había visto un niño más flaco ni más triste en su vida, pero decidió que lo mejor era hablar con él.

⁵¹ El **brazalete** o **pulsera** es una pieza de adorno que las personas se colocan en el brazo, las muñecas o los tobillos.

⁵² Un **judío** es una persona que pertenece a un grupo que está distribuido por todo el mundo, aunque la mayor parte de ellos viven en un país que se llama Israel. La religión constituye un aspecto fundamental de este grupo.

–Estoy explorando –dijo Bruno.

–¿Ah, sí? –contestó el niño.

–Sí. Desde hace casi 2 horas –afirmó Bruno.

–¿Has encontrado algo? –preguntó el niño.

–No gran cosa –respondió Bruno.

–¿Nada de nada? –volvió a preguntar el niño.

–Bueno, te he encontrado a ti –dijo Bruno tras una pausa.

Miró fijamente al niño y estuvo a punto de preguntarle por qué estaba tan triste, pero tenía miedo de parecer maleducado. Sabía que a veces las personas que están tristes no quieren que les pregunten qué les pasa.

Bruno se sentó en el suelo, al otro lado de la alambrada, cruzando las piernas igual que el otro niño, y lamentó no haber llevado un poco de chocolate o quizá una galleta que podían haber compartido.

–Vivo en la casa que hay en este lado de la alambrada –dijo Bruno.

–¿Ah, sí? Una vez vi la casa desde lejos, pero a ti no –dijo el niño.

–Mi habitación está en el primer piso. Desde allí veo por encima de la alambrada. Por cierto, me llamo Bruno.

—Yo me llamo Shmuel. Nunca había oído tu nombre –declaró el niño.

–Ni yo el tuyo, pero me gusta como suena. Suena como el viento –dijo Bruno.

–A mí también me gusta tu nombre. Suena como si alguien se frotara los brazos para entrar en calor –contestó Shmuel.

–No conozco a nadie que se llame Shmuel –afirmó Bruno.

–Pues en este lado de la alambrada hay montones de personas que se llaman Shmuel. A mí me gustaría tener un nombre diferente –contestó Shmuel.

–Pues yo no conozco a nadie que se llame Bruno. Creo que soy el único –aclaró Bruno.

–Entonces tienes suerte –dijo Shmuel.

–Sí, supongo que sí. ¿Cuántos años tienes? –preguntó Bruno.

Shmuel contó con los dedos y contestó:

–Nueve. Nací el 15 de abril de 1934.

Bruno se sorprendió muchísimo:

–¿Qué has dicho? No puede ser.

Shmuel repitió la fecha de su nacimiento y preguntó:

–¿Por qué no puede ser?

–No quiero decir que no te crea. Pero es asombroso, porque yo también nací en la misma fecha, el 15 de abril de 1934. Nacimos el mismo día.

–Entonces también tienes 9 años –razonó Shmuel.

–Somos como hermanos gemelos –dijo Bruno.

De pronto Bruno se puso muy contento. Recordó a sus 3 mejores amigos y recordó también cómo se divertían juntos en Berlín y se dio cuenta de lo solo que se había sentido en Auchviz.

–¿Tienes muchos amigos? –preguntó Bruno.

–Sí, claro. Bueno, más o menos –contestó Shmuel.

A Bruno le habría gustado que Shmuel le hubiera dicho que no, porque así habrían tenido otra cosa en común.

–¿Pero son amigos íntimos? –volvió a preguntar Bruno.

–Bueno, muy íntimos no. Pero en este lado de la alambrada hay muchos niños de nuestra edad. Aunque nos peleamos mucho. Por eso he venido aquí. Para estar solo.

–No hay derecho. No entiendo por qué yo tengo que estar aquí, en este lado de la alambrada, donde no hay nadie con quién hablar o jugar, mientras que tú tienes montones de amigos. Tendré que hablar con padre de eso –dijo Bruno.

–¿De dónde eres? –preguntó Shmuel.

–De Berlín.

–¿Dónde está eso? –siguió preguntando Shmuel.

Aunque Bruno no estaba seguro, contestó con firmeza:

–Está en **Alemania**⁵³, por supuesto. Y tú, ¿de dónde eres? ¿Eres alemán? –se interesó Bruno.

–No, yo soy **polaco**⁵⁴ –contestó Shmuel.

–Entonces, ¿cómo es que hablas alemán? –preguntó Bruno.

–Porque tú me has hablado en alemán. Por eso te he contestado en alemán. Pero la lengua de **Polonia**⁵⁵ es el polaco. ¿Sabes hablar en polaco?

–No. No conozco a nadie que sepa hablar dos idiomas. Y menos a alguien de nuestra edad –contestó Bruno.

–Mi madre es maestra en mi escuela y me enseñó alemán. Ella también habla francés, inglés e italiano. Es muy inteligente. Yo no sé hablar francés ni italiano. Mi madre me dice que algún día me enseñará inglés –explicó Shmuel.

⁵³ **Alemania** es un país de Europa Central que forma parte de la Unión Europea (UE). Limita al este con Polonia. La capital de Alemania es Berlín.

⁵⁴ Un **polaco** es una persona natural de Polonia, que ha nacido en ese país. También **polaco** es la lengua o idioma que se habla en Polonia.

⁵⁵ **Polonia** es un país que se encuentra en Europa Central y forma parte de la Unión Europea (UE). Está al lado de Alemania. La capital de Polonia es Varsovia.

–Polonia no es tan bonito como Alemania, ¿verdad? –preguntó Bruno.

–¿Por qué no? –se extrañó Shmuel.

–Bueno, porque Alemania es el mejor país del mundo. Nosotros somos superiores –respondió Bruno, recordando lo que había oído decir a Padre y al Abuelo en muchas ocasiones.

Samuel lo miró fijamente sin decir nada, y Bruno quiso cambiar de tema, porque le pareció que lo que había dicho no era adecuado y no quería molestar a Shmuel.

–¿Y dónde está Polonia? –preguntó Bruno después de un momento de silencio.

–Pues en Europa. Esto es Polonia. Yo nunca he estado en Berlín –contestó Shmuel.

–Y a mí me parece que nunca había estado en Polonia hasta que vine aquí. Bueno, suponiendo que esto es Polonia –dijo Bruno.

–Estoy seguro de que lo es. Aunque no es una región muy bonita –explicó Shmuel.

–No –contestó Bruno.

La región de donde provengo es mucho más bonita –dijo Shmuel.

–No puede ser tan bonita como Berlín. En Berlín teníamos una gran casa con 5 pisos, contando el sótano y la **buhardilla**⁵⁶. Y había unas calles muy bonitas y tiendas y puestos de fruta y verdura y muchas cafeterías –indicó Bruno.

⁵⁶ Una **buhardilla** es una habitación en la parte superior de una vivienda que está debajo del tejado. Normalmente se usa como trastero, aunque actualmente también se puede utilizar como estudio, sala o pequeño dormitorio. Suelen tener una o varias ventanas, que también se llaman buhardillas, se levantan por encima del tejado de la casa.

–El sitio de donde vengo es mucho más bonito. Allí la gente es muy simpática, tengo muchos parientes y la comida es mucho mejor –afirmó Shmuel, que nunca había estado en Berlín.

–Bueno, no tiene sentido discutir –dijo Bruno, que no quería pelearse con su nuevo amigo.

–Vale –dijo Shmuel.

–¿Te gusta jugar a los exploradores? –preguntó Bruno.

–Nunca he jugado a los exploradores –contestó Shmuel.

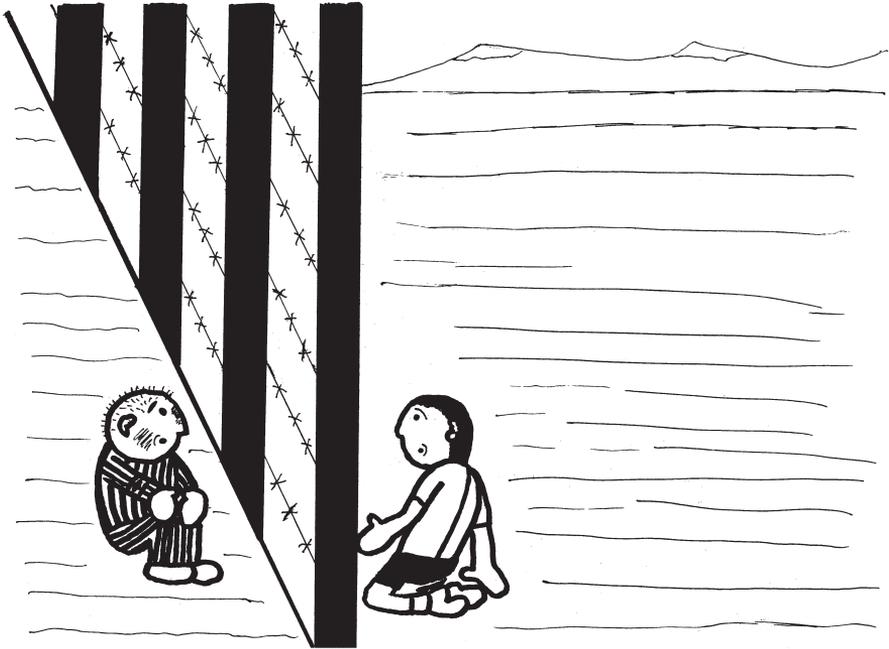
–Cuando sea mayor seré explorador –afirmó Bruno.

Al cabo de un momento Bruno volvió a preguntarle, después de haber pensado bien la pregunta:

–¿Por qué hay tanta gente al otro lado de la alambrada? ¿Qué hacéis allí?

CAPÍTULO 11

SHMUEL CONTESTA A BRUNO



Después de que Bruno había preguntado a Shmuel sobre la gente del otro lado de la alambrada, Shmuel le explicó cómo era su vida antes de llegar a aquel lugar.

—Antes de venir aquí, yo vivía con mi madre, mi padre y mi hermano Josef en un pequeño piso encima del taller donde mi padre fabricaba relojes. Yo tenía un reloj muy bonito que me había regalado mi padre, pero ya no lo tengo.

–¿Qué pasó con el reloj? –preguntó Bruno.

–Me lo quitaron los soldados –respondió Shmuel.

Shmuel siguió contando a Bruno cómo las cosas fueron cambiando en su familia.

–Un día, cuando llegué a casa, mi madre nos estaba haciendo brazaletes con una tela que le habían dado. Había dibujaba una estrella en cada uno. Y cada vez que salíamos de casa, teníamos que ponernos uno de esos brazaletes.

–Mi padre también lleva un brazalete en su uniforme. Es muy bonito. Es rojo, con un dibujo en blanco y negro –dijo Bruno.

Bruno dijo que a él le gustaría llevar un brazalete pero no sabía cuál prefería, si el de su Padre o el de Shmuel.

Shmuel siguió contando su historia, aunque cuando recordaba su antigua casa encima de la relojería se ponía muy triste.

–Un día llegué a casa y mi madre me dijo que se tenían que ir de la casa lo antes posible porque ya no podían seguir viviendo en ella.

–¡A mí me pasó lo mismo! –exclamó Bruno, alegrándose de saber que no era el único niño al que le habían obligado a irse de su casa.

–Tuvimos que irnos a otro barrio de la ciudad, donde los soldados levantaron un gran muro que separaba el barrio del resto de la ciudad. Mi madre, mi padre, mi hermano y yo teníamos que vivir en una habitación –explicó Shmuel.

–¿Todos juntos en la misma habitación? –preguntó Bruno.

–Todos en la misma habitación. Y también había otra familia. En total éramos 11 personas en la habitación.

Bruno no creía que once personas pudieran vivir juntas en la misma habitación, pero no le dijo nada a Shmuel.

–Vivimos varios meses en ese barrio, que no me gustaba nada. Un día llegaron los soldados con unos camiones enormes. Nos hicieron salir a todos de las casas. Mucha gente no quiso salir y se escondió donde pudo, pero creo que al final los capturaron a todos. Y los camiones nos llevaron a un tren. El tren era horrible, había demasiada gente en los vagones. Y no se podía respirar. Y olía muy mal –continuaba explicando Shmuel y mientras contaba todo esto estaba a punto de llorar.

–Eso es porque os metisteis todos en el mismo tren. Cuando nosotros vinimos aquí, había otro tren al lado del andén, pero creo que nadie lo había visto. Nosotros nos subimos a ese tren, podrías haberte subido al mío –dijo Bruno a Shmuel, recordando los 2 trenes que había visto en la estación el día que marchaban de Berlín.

–No creo que nos hubieran dejado. Era imposible salir del vagón, no había puertas –dijo Shmuel.

–Claro que había puertas. Están al final, después de la cafetería –comentó Bruno.

–No había ninguna puerta. Si hubiera habido alguna puerta, nos habríamos marchado todos –insistió Shmuel.

Bruno dijo en voz baja que sí había puertas, pero Shmuel no lo escuchó.

–Cuando por fin el tren se paró estábamos en un sitio donde hacía mucho frío y tuvimos que venir hasta aquí a pie –continuó Shmuel.

–Nosotros vinimos en coche –explicó Bruno.

–A mi madre se la llevaron, y a mi padre, a Josef y a mí nos pusieron en las cabañas que hay aquí –dijo Shmuel con tristeza.

–¿Hay muchos más niños al otro lado de la alambrada?
–preguntó Bruno.

–Sí, cientos –contestó Shmuel.

–¿Cientos?, qué injusticia. En este lado de la alambrada no hay nadie con quien jugar. Ni una sola persona –dijo Bruno.

Shmuel le dijo a Bruno que aunque había muchos niños nunca jugaban, ni a fútbol ni a nada.

Al cabo de un rato a Shmuel le dolía tanto el estómago de hambre que tenía, que le preguntó a Bruno:

–No habrás traído nada para comer, ¿verdad?

–No, lo siento. Quería traer un poco de chocolate, pero se me olvidó –contestó Bruno.

–No tendrás un poco de pan, ¿verdad?

Bruno negó con la cabeza.

Entonces Shmuel decidió que era la hora de volver a la **cabaña**⁵⁷, porque si se enteraban de que estaba ahí tendría graves problemas.

–Algún día podrías venir a cenar con nosotros –dijo Bruno, aunque no estaba seguro de que fuera buena idea.

–Sí, algún día –dijo Shmuel, que tampoco parecía convencido.

–O podría ir yo a cenar con vosotros. Así podría conocer a tus amigos –propuso Bruno.

–Es que estás al otro lado de la alambrada –dijo Shmuel.

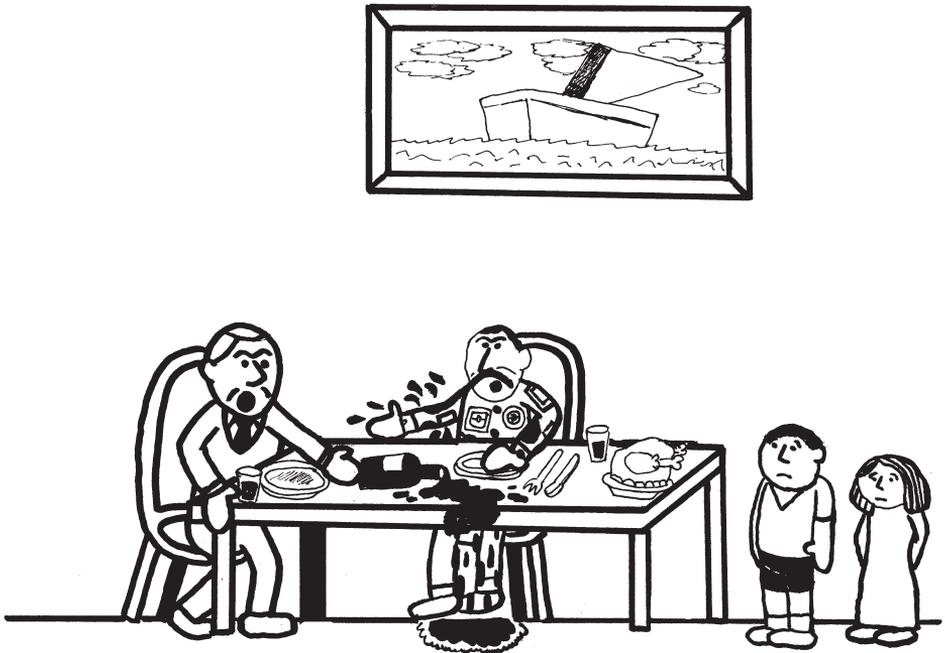
⁵⁷ Una **cabaña** es una vivienda pequeña hecha en el campo y fabricada con materiales humildes (cañas, palos, ramas). Se suele utilizar como refugio de pastores o pescadores.

–Podría colarme por debajo –sugirió Bruno. Se agachó y levantó la base de la alambrada y formó un hueco en el suelo por el que podía pasar un niño como él.

Los amigos se despidieron y se separaron. De camino a casa Bruno tenía ganas de contar a su familia las aventuras de aquella tarde y de su nuevo amigo, pero conforme avanzaba y llegaba a su casa pensó que sería mejor no decir nada a su familia porque entonces igual le prohibían volver a ver a Shmuel. Sería su secreto, suyo y de Shmuel.

CAPÍTULO 12

LA BOTELLA DE VINO



El tiempo pasaba y Bruno se daba cuenta de que tardaría en volver a Berlín.

Empezaba a acostumbrarse a Auchviz y ya no se sentía tan desgraciado con su nueva vida. Tenía a alguien con quien hablar. Todas las tardes, cuando terminaban las clases, Bruno daba un largo paseo por la alambrada, se sentaba y hablaba con su nuevo amigo Shmuel hasta que llegaba la hora de volver a casa.

Una tarde, mientras Bruno cogía comida de la nevera para Shmuel, María entró y vio lo que estaba haciendo.

–Hola, me has asustado. No te he oído llegar –dijo Bruno intentando disimular.

–Ya has comido, ¿no? ¿Te has quedado con hambre? –preguntó María sonriendo.

–Un poco. Voy a dar un paseo y he pensado que a lo mejor me entra hambre por el camino –dijo Bruno.

Antes de que Bruno se fuera vio que en la mesa había patatas y zanahorias y se acordó de Pavel, el señor que se encargaba de traer las hortalizas a casa, cocinarlas y servir las en la mesa. Entonces Bruno decidió hacerle una pregunta a María:

–María, ¿puedo hacerte una pregunta? Pero no se lo digas a nadie –dijo Bruno.

–De acuerdo, ¿qué quieres saber? –le respondió María.

–¿Conoces a Pavel, el hombre que nos trae las hortalizas a casa? –le preguntó Bruno.

–Sí que le conozco, he hablado muchas veces con él. ¿Qué quieres saber de él? –respondió María.

–Verás, el día que me caí del columpio, Pavel me curó. Él me contó que no era camarero, que era médico –le explicó Bruno.

–Sí, es cierto. Pavel ya no es médico, pero antes lo era, antes de venir aquí –le dijo María.

–No lo entiendo –contestó Bruno.

María explicó a Bruno lo que sabía de Pavel y le pidió que no lo contara a nadie. Bruno siguió con sus planes y se fue a pasear hasta la alambrada. Bruno llegó tarde, pero Shmuel lo estaba esperando, sentado en el suelo.

–Perdona el retraso, estaba hablando con María –dijo Bruno, mientras le daba comida.

–¿Quién es María? –preguntó Shmuel, mientras se comía los alimentos que había llevado Bruno.

–Es nuestra criada, me estaba hablando de Pavel, que corta las patatas y nos sirve la cena. Me parece que Pavel vive en tu lado de la alambrada –dijo Bruno.

–¿En mi lado? –preguntó Shmuel sorprendido.

–Sí. ¿Lo conoces? Es muy mayor y tiene una chaqueta blanca que se pone cuando nos sirve la cena. Seguro que lo has visto –le dijo Bruno.

–No, no lo conozco –dijo Shmuel negando con la cabeza.

–Seguro que sí. Es muy bajito y tiene el pelo con canas y anda un poco encorvado –insistió Bruno.

–En este lado de la alambrada viven miles de personas, es imposible conocer a todos –respondió Shmuel.

–Pero el que te digo se llama Pavel. Es polaco igual que tú –dijo Bruno.

–La mayoría de los que estamos aquí somos polacos –dijo Shmuel.

Pasados unos momentos Bruno miró al cielo e hizo a Shmuel otra pregunta.

–¿Tú sabes qué quieres ser de mayor? –preguntó Bruno.

–Sí, quiero trabajar en un zoo, me gustan los animales –le contestó Shmuel.

–Yo seré soldado, como Padre. Un soldado bueno –le dijo Bruno.

–Los soldados buenos no existen. ¿A quién conoces que sea un buen soldado? –le preguntó Shmuel.

–Pues a Padre, por ejemplo. Por eso lleva un uniforme tan bonito y por eso todos lo llaman comandante y hacen lo que él les manda –respondió Bruno.

–Los soldados buenos no existen –repitió Shmuel.

–Excepto Padre –repitió Bruno. Confiaba en que no volviera a contradecirlo, no quería tener que pelearse con él. Al fin y al cabo, era el único amigo que tenía en Auchviz. Pero Padre era Padre, y Bruno pensaba que no había que hablar mal de él.

Ambos guardaron silencio unos minutos.

–Tú no sabes cómo es la vida aquí –dijo Shmuel.

–¿No tienes hermanas? –preguntó Bruno para cambiar de tema.

–No –respondió Shmuel.

–Qué suerte. Gretel sólo tiene 12 años y se cree que lo sabe todo, pero en realidad es tonta de remate. Se pasa el día esperando a que llegue el teniente Kotler –dijo Bruno.

Mientras Bruno decía todo aquello su amigo se había puesto muy pálido.

–¿Qué te pasa? –preguntó Bruno.

–No me gusta hablar del teniente Kotler porque me da miedo –dijo Shmuel.

–A mí también me da un poco de miedo –dijo Bruno.

Aquel mismo día, Bruno se enteró de que el teniente Kotler iba a cenar a su casa. Pavel llevaba su chaqueta blanca, como de costumbre, y les sirvió la cena. Cuando alguien necesitaba algo, Pavel se lo llevaba de inmediato. En la cena, Bruno se dio cuenta de que Pavel estaba triste, tenía los ojos llorosos y estaba distraído.

A Pavel le temblaban ligeramente las manos. Madre tuvo que pedirle dos veces que volviera a servirle sopa, porque Pavel no la oyó a la primera, y dejó la botella de vino vacía en la mesa y olvidó abrir otra para llenarle la copa a Padre.

–El profesor Liszt no nos deja leer poesía ni obras de teatro –protestó Bruno mientras cenaban.

Como tenían un invitado, toda la familia se había arreglado: Padre llevaba su uniforme; Madre, un vestido verde; y Gretel y Bruno, la ropa que se ponían para ir a la iglesia cuando vivían en Berlín.

–Seguro que tiene sus motivos –dijo Padre.

–Lo único que quiere es que estudiemos **Geografía**⁵⁸ e **Historia**⁵⁹ y las estoy empezando a odiar –dijo Bruno.

–¿Por qué odias la Historia? –preguntó Padre.

–Porque es aburrida –contestó Bruno

–¿Aburrida? ¿Cómo se atreve un hijo mío a decir que la Historia es aburrida? –dijo Padre.

–A mí me parece aburrida –insistió Bruno.

–Tendrá que disculpar a mi hermano, teniente Kotler. Es un niño muy ignorante –dijo Gretel.

Bruno se enfadó y los dos hermanos comenzaron a discutir hasta que intervino Madre.

–Niños, por favor –dijo Madre.

Padre dio unos golpecitos en la mesa con el cuchillo y todos callaron.

–A mí me gustaba mucho la Historia cuando era pequeño. Y aunque mi padre era profesor de **Literatura**⁶⁰ en la Universidad, yo prefería la Historia –comentó el teniente Kotler.

⁵⁸ La **Geografía** es la ciencia que estudia la superficie terrestre, las sociedades que habitan en ella y los territorios, paisajes, lugares o regiones que forman.

⁵⁹ La **Historia** es la ciencia que tiene como objeto de estudio el pasado de la humanidad.

⁶⁰ La **Literatura** es el arte que utiliza como instrumento la palabra.

–No sabía que tu padre fuera profesor. ¿Sigue dando clases? –le preguntó Madre.

–Supongo que sí. La verdad es que no lo sé –contestó el teniente.

–¿Cómo es eso? ¿No tienes contacto con él? –siguió preguntando Madre.

–Ya no tengo contacto con mi padre. Se marchó de Alemania hace unos años. No lo he vuelto a ver desde entonces –contestó el teniente Kotler.

Padre dejó de comer un momento y se quedó mirando al teniente Kotler con la frente un poco arrugada.

–¿Y adónde se fue? –preguntó Padre.

El teniente se **ruborizó**⁶¹ ligeramente y tartamudeó un poco al contestar.

–Creo... creo que ahora vive en **Suiza**⁶². Lo último que supe de él fue que daba clases en la Universidad de Berna –contestó Kotler.

–Es curioso que se haya marchado de su patria –dijo Padre.

–Mi padre y yo no estamos muy unidos. La verdad es que llevamos años sin hablarnos –explicó Kotler.

–¿Y qué razón dio para marcharse de Alemania en su momento de mayor gloria y de mayor necesidad? A todos nos corresponde contribuir al renacer nacional. ¿Estaba enfermo y necesitaba cambiar de aires o tenía algún motivo concreto para abandonar nuestra patria? –preguntó Padre.

⁶¹ **Ruborizar** es tener la piel de la cara enrojecida; este enrojecimiento se produce con ciertas emociones como vergüenza, culpa o nerviosismo.

⁶² **Suiza** es un Estado situado en el centro de Europa. Tiene fronteras con Alemania, Francia, Italia y Austria.

–Me temo que no lo sé, comandante. Eso tendría que preguntárselo a él –dijo el teniente Kotler.

–No creo que sea fácil porque está muy lejos. Pero quizá sea eso, quizá estaba enfermo. O quizá tenía... **discrepancias**⁶³ –comentó Padre.

–¿Discrepancias, comandante? –preguntó Kotler.

–Sí, discrepancias con la política del gobierno. De vez en cuando se oyen casos parecidos. Personas extrañas. Trastornados algunos de ellos. Traidores, otros. Cobardes, también. Supongo que habrá informado a sus superiores de las opiniones de su padre, ¿verdad, teniente Kotler? –preguntó Padre.

El joven teniente abrió la boca y tragó, aunque no tenía nada que tragar. Estaba nervioso.

–No importa. Vamos a dejar el tema aquí. Quizá no sea un tema de conversación adecuado para la mesa. Ya hablaremos de eso en otro momento –dijo Padre.

Bruno los miró a uno y otro, divertido y a la vez asustado por el ambiente que había en la sala.

–Me encantaría ir a Suiza –dijo Gretel tras un largo silencio.

–Come, Gretel –dijo Madre.

–¡Pero si sólo digo que...!

–Come –repitió Madre, que iba a decir algo más aunque la interrumpió Padre llamando a Pavel otra vez.

–¿Qué te pasa esta noche, Pavel? Es la cuarta vez que tengo que pedirte más vino –preguntó Madre mientras Pavel descorchaba otra botella de vino.

⁶³ Aquí **discrepancias** significa diferencias personales en opiniones o en conductas.

Pavel no contestó, llenó la copa de Padre, pero cuando fue a llenársela al teniente Kotler, se le resbaló la botella y cayó parte del vino sobre los pantalones de Kotler.

El teniente Kotler se puso furioso con Pavel y nadie, ni Bruno, ni Gretel, ni Madre ni siquiera Padre hicieron nada para evitar que Kotler castigara a Pavel. A Bruno se le saltaron las lágrimas.

Más tarde, cuando el niño se fue a la cama pensó en todo lo que había pasado durante la cena. Recordaba lo amable que había sido Pavel con él cuando le curó la rodilla. Y aunque Bruno sabía que Padre era un hombre amable y considerado, no le parecía justo que nadie hubiera impedido al teniente Kotler ponerse tan furioso con Pavel.

CAPÍTULO 13

BRUNO CUENTA UNA MENTIRA MUY RAZONABLE



Durante varias semanas Bruno siguió saliendo de casa cuando se marchaba el profesor Liszt y Madre echaba la siesta. Daba largos paseos por la alambrada para reunirse con Shmuel, que casi todas las tardes estaba esperándolo allí, sentado en el suelo con las piernas cruzadas.

Una tarde, Shmuel apareció con un ojo morado y cuando Bruno le preguntó qué le había pasado, él no le quiso contar

nada. Bruno pensó que en todas partes había **chulos**⁶⁴ y que uno de ellos le habría pegado. Quería ayudarlo, pero no sabía cómo hacerlo.

Todos los días Bruno le preguntaba a Shmuel si podía ir al otro lado de la alambrada, colándose por debajo, para que así pudieran jugar juntos, pero Shmuel siempre le decía que no, que no le parecía buena idea.

–De todas maneras, no entiendo por qué tienes tantas ganas de venir a este lado, porque es muy desagradable –le dijo Shmuel en una ocasión.

Un día Bruno le preguntó por qué todos los que vivían al otro lado de la alambrada llevaban el mismo pijama de rayas y la misma gorra de tela.

–Fue lo que nos dieron cuando llegamos aquí y además se quedaron con toda nuestra ropa –explicó Shmuel.

–¿Y nunca te apetece ponerte otra cosa cuando te levantas por la mañana? Seguro que tienes más ropa en el armario. A mí no me gustan las rayas –dijo Bruno, aunque en el fondo no era del todo cierto, porque estaba harto de tener que ir siempre vestido con camisas, corbatas y zapatos que le apretaban mucho, a él también le gustaría ir siempre con el pijama de rayas como su amigo Shmuel.

Unos días más tarde, Bruno se despertó, miró por la ventana y vio que por primera vez desde que estaba en la nueva casa llovía de manera muy abundante. La lluvia comenzó por la noche, Bruno pensó que ese ruido le había despertado. A la hora del desayuno seguía lloviendo y siguió lloviendo durante las clases de la mañana y a la hora de comer y durante las clases de Geografía e Historia de la tarde. El hecho de que

⁶⁴ Aquí **chulo** significa persona despreciable que se comporta mal con otras personas.

no parara de llover era una mala noticia para Bruno porque no podía salir de casa ni ir a ver a su amigo Shmuel.

Así pues, se tumbó en su cama y cogió un libro para leer, pero no se podía concentrar. De repente entró su hermana Gretel, la tonta de remate, que no tenía ganas de jugar con sus muñecas. No solía entrar en su habitación, pues en su tiempo libre prefería cambiar de sitio una y otra vez su colección de muñecas. Sin embargo, el mal tiempo le había quitado las ganas de jugar.

–¿Qué quieres? –preguntó Bruno.

–Menudo recibimiento –dijo Gretel.

–Estoy leyendo –comentó Bruno.

–¿Qué lees? –preguntó Gretel.

Bruno le enseñó la tapa del libro a su hermana para que pudiera ver la portada.

–Qué aburrido –dijo Gretel.

–No es nada aburrido, es una aventura. Es mejor que las muñecas –contestó Bruno.

–¿Qué haces? –repitió Gretel.

–Ya te lo he dicho. Estoy intentando leer, pero no me dejan –contestó Bruno.

La hermana de Bruno nunca hacía nada, no era como él, que tenía aventuras y exploraba lugares y había encontrado un nuevo amigo. Ella casi nunca salía de casa.

A pesar de las **disputas**⁶⁵ permanentes entre los dos hermanos, Bruno consideraba que debe haber determinados momentos en los que los dos hermanos dejen de discutir para intentar ser un poco más amigos y hablar como **personas**

⁶⁵ Las **disputas** son los debates o discusiones sobre determinadas cosas.

civilizadas⁶⁶. Bruno decidió convertir ese momento en uno de ellos y comenzó a hablar con su hermana.

–Yo también odio la lluvia. Ahora podría estar con mi amigo Shmuel. Creerá que me he olvidado de él –dijo Bruno sin pensar en lo que había dicho, ya que su hermana no sabía nada de la relación de amistad que había entre Bruno y Shmuel. Nada más pronunciar el nombre de Shmuel, Bruno se arrepintió, pero ya era tarde.

–¿Con quién dices que podrías estar? –preguntó Gretel.

–¿Qué dices? No te escucho bien. ¿Puedes repetirlo? –dijo Bruno, tratando de sacar tiempo para pensar una respuesta conveniente.

–¿Qué con quién dices que podrías estar ahora? –insistió Gretel.

–Con nadie, le dijo Bruno. Yo no he dicho nada –respondió Bruno.

Gretel insistió en que Bruno le había dicho que tenía un amigo. Y Bruno tenía dudas, no sabía qué hacer, si contarle la verdad a su hermana o mentir. Por una parte, su hermana y él tenían una cosa fundamental en común: que no eran adultos. Además era muy probable que ella se sintiera tan sola como él.

Por otra parte, Shmuel era su amigo y no el de su hermana, y no quería compartirlo con ella. Así que decidió no contarle la verdad e inventarse una pequeña mentira.

–Tengo un nuevo amigo. Es un amigo nuevo al que veo todos los días. Y ahora debe estar esperándome. Pero no puedes contárselo a nadie –le dijo Bruno.

–¿Por qué? –le preguntó su hermana Gretel.

⁶⁶ **Personas civilizadas** son personas sociables, atentas y educadas.

–Porque es un **amigo imaginario**⁶⁷, jugamos juntos todos los días –le contestó Bruno.

Gretel abrió la boca, se quedó mirándolo y se echó a reír, y le dijo que ya era un poco mayor para tener amigos imaginarios.

Bruno trató de sentirse avergonzado para que la mentira fuera más creíble y Gretel no sospechara nada. Y consiguió sonrojarse.

–Vaya. Te has puesto colorado –se asombró Gretel.

–Porque no quería contártelo –dijo Bruno.

–Un amigo imaginario. Desde luego, Bruno, eres tonto de remate –le dijo Gretel.

Bruno en ese momento sonrió porque sabía dos cosas: una, que Gretel se había tragado su mentira, y otra, que la tonta de remate era ella.

–Déjame en paz. Estoy leyendo, ¿vale? –dijo Bruno.

–¿Por qué no cierras los ojos y dejas que tu amigo imaginario te lea el libro? Así no te cansarás tanto –preguntó Gretel, contenta por haber encontrado algo con que hacer enfadar a Bruno.

–A lo mejor le digo que tire todas tus muñecas por la ventana –dijo Bruno.

–Si haces eso te arrepentirás. Cuéntame, ¿qué hacéis tu amigo imaginario y tú? –preguntó Gretel.

A Bruno le apetecía hablar un poco de Shmuel y le pareció que aquella podía ser una buena manera de hacerlo sin tener que decir la verdad.

⁶⁷ Un **amigo imaginario** es un amigo que sólo tiene existencia en la imaginación y no existe en realidad.

–Hablamos de muchas cosas. Yo le cuento cómo era nuestra casa de Berlín y las calles y las cafeterías y le hablo de mis amigos.

–Qué interesante. ¿Y qué te cuenta él? –dijo Gretel, burlándose de su hermano.

–Me habla de su familia y del piso que tenían encima de la relojería y de sus aventuras para llegar hasta aquí y de los amigos que tenía y de la gente que conoce aquí y de los niños con que jugaba pero con los que ya no juega porque desaparecieron sin despedirse de él –explicó Bruno.

–Vaya, suena divertidísimo. Ojalá fuera mi amigo imaginario –siguió burlándose Gretel.

–Y ayer me contó que hace varios días que no ven a su abuelo y que nadie sabe dónde está y que cuando pregunta por él su padre se echa a llorar y lo abraza con fuerza –dijo Bruno.

Bruno se daba cuenta de que estas cosas eran las que le explicaba Shmuel, pero que hasta entonces no había advertido lo triste que debían ser para su amigo. Al decir las en voz alta, de repente se sintió muy mal por no haber intentado animar a Shmuel en lugar de ponerse a hablar de tonterías, como jugar a los exploradores.

–Si padre se entera de que hablas con amigos imaginarios te echará una buena bronca. Creo que deberías dejarlo –dijo Gretel.

–¿Por qué? –preguntó Bruno.

–Porque no es sano. Es el primer **síntoma**⁶⁸ de la locura –contestó Gretel.

⁶⁸ Un **síntoma** es un signo revelador de una enfermedad.

–Me parece que no puedo dejarlo. Me parece que no quiero –dijo Bruno tras una pausa.

–Bueno, tú veras. Yo en tu lugar no se lo contaría a nadie –dijo Gretel, cada vez más simpática.

–Bueno, supongo que tienes razón. No se lo dirás a nadie, ¿verdad? –preguntó Bruno a su hermana.

–A nadie. Sólo a mi amiga imaginaria –contestó Gretel.

–¿Tú también tienes una? –preguntó Bruno.

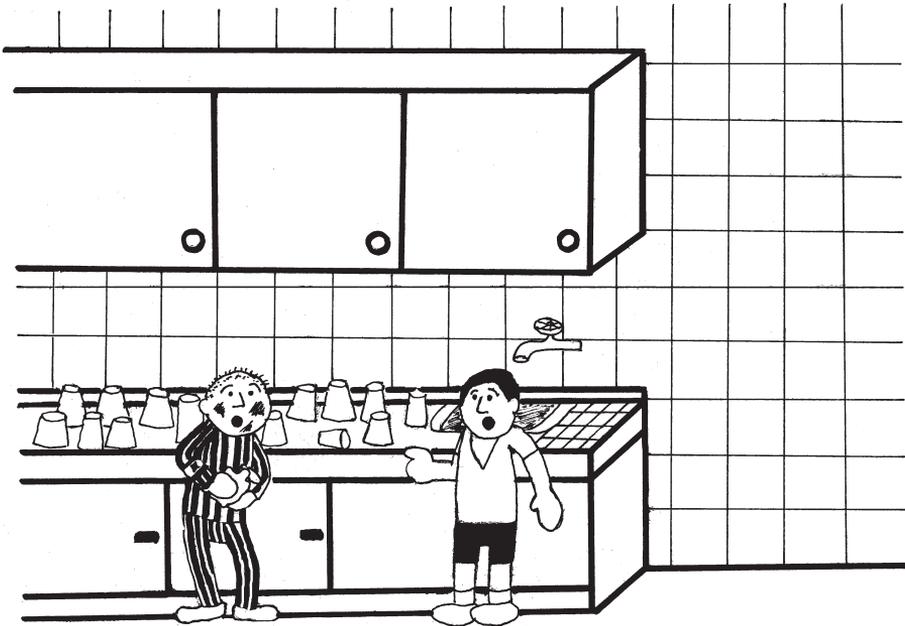
–Es broma. ¡Por favor, pero si tengo 13 años! No puedo comportarme como una cría –contestó Gretel.

Gretel salió de la habitación. Bruno la oyó hablar con las muñecas en el dormitorio del otro lado del pasillo.

Bruno, más tranquilo, intentó concentrarse de nuevo en la lectura, pero había perdido el interés y se quedó viendo la lluvia y pensando en Shmuel.

CAPÍTULO 14

UNA COSA QUE NO DEBERÍA HABER HECHO



Durante varias semanas estuvo lloviendo bastante y Bruno y Shmuel no se vieron tanto como les habría gustado. Pero aún así se vieron. Bruno se preocupaba mucho por su amigo porque cada día estaba más delgado y más pálido. Solía llevarle pan y queso y, de vez en cuando, incluso hasta un trozo de pastel de chocolate.

Se acercaba el cumpleaños de Padre y, aunque él no quería celebrarlo, Madre organizó una fiesta para todos los oficia-

les que servían en Auchviz. El teniente Kotler ayudó a Madre a preparar la fiesta. A Bruno no le caía bien el teniente Kotler.

La tarde anterior a la fiesta de cumpleaños, Bruno estaba en su habitación con la puerta abierta cuando oyó llegar a Kotler y hablar con alguien, aunque no oyó con quién. Unos minutos más tarde, cuando Bruno bajó, oyó a Madre hablando con el teniente.

Bruno fue hacia el salón con un libro nuevo que le había regalado Padre, titulado *La isla del tesoro*, con la intención de quedarse una hora o dos allí leyendo, pero cuando atravesaba el **recibidor**⁶⁹ tropezó con el teniente, que en ese momento salía de la cocina.

–Hola, jovencito –dijo Kotler sonriendo con burla, como solía hacer.

–Hola –contestó Bruno.

–¿Qué haces? –preguntó Kotler.

–Voy a leer un rato –dijo Bruno.

Sin decir palabra, Kotler le arrebató el libro y se puso a hojearlo.

–La isla del tesoro. ¿De qué trata? –preguntó Kotler.

–Pues hay una isla. Y en la isla hay un tesoro –respondió Bruno.

El teniente Kotler siguió preguntando a Bruno, que intentaba seguir su camino pero, por algún motivo, aquel día al teniente le apetecía fastidiarlo.

En ese momento Madre salió de la cocina y pidió a Bruno que fuera a la cocina porque ella y Kotler tenían que hablar en privado en el salón.

⁶⁹ Se llama **recibidor**, vestíbulo o hall a la parte de la vivienda situada junto a la entrada y que da acceso al resto de habitaciones de la casa.

Lleno de rabia, el niño fue a la cocina y se llevó la mayor sorpresa de su vida. Allí estaba Shmuel.

–¡Shmuel! Pero... ¿qué haces aquí? –preguntó Bruno asombrado.

–¡Bruno! –exclamó Shmuel.

–¿Qué haces aquí? –repitió Bruno.

–Me ha traído él –dijo Shmuel.

–¿El teniente Kotler? –preguntó Bruno.

–Sí, dijo que aquí había un trabajo para mí –dijo Shmuel.

Bruno bajó la vista y vio muchos vasos encima de la mesa de la cocina, junto a un recipiente con agua y jabón y un montón de servilletas de papel.

–¿Y qué haces? –preguntó Bruno.

–Me han pedido que limpie estos vasos. Dicen que debe hacerlo alguien con los dedos muy pequeños –aclaró Shmuel.

Bruno observó que su mano era distinta a la de Shmuel, que parecía la mano de un esqueleto, mientras que la mano de Bruno se veía sana y llena de vida.

–¿Cómo es que se te ha puesto la mano así? –preguntó Bruno.

–No lo sé. Antes se parecía más a la tuya. En mi lado de la alambrada todos tienen la mano así –contestó Shmuel.

Bruno pensó en la gente del pijama de rayas y se preguntó qué estaba pasando en Auchviz. A lo mejor algo al otro de la alambrada no funcionaba bien, porque todos tenían mal aspecto. Intentó no pensar más en eso, abrió la nevera y buscó algo de comida. Encontró medio pollo relleno que había sobrado de la comida. Agarró un cuchillo del cajón y cortó unos buenos trozos para comérselos.

–Me alegro mucho de verte. Es una lástima que tengas que limpiar los vasos. Si no, te enseñaría mi habitación –dijo Bruno con la boca llena.

–Me ha dicho que no me mueva de esta silla si no quiero tener problemas –explicó Shmuel.

Shmuel miraba los trozos de pollo que Bruno se estaba comiendo. Pasados unos momentos, Bruno se dio cuenta y se sintió culpable.

–Lo siento, Shmuel. Debería haberte ofrecido pollo. ¿Tienes hambre? –preguntó Bruno.

–Sí –contestó Shmuel.

–Voy a servirte un poco –dijo Bruno. Abrió la nevera y cortó otros tres buenos trozos.

–No, no. Si el teniente Kotler vuelve y se entera... –contestó Shmuel.

–Seguro que no le importa, sólo es comida –dijo Bruno.

–No puedo. Volverá, estoy seguro –dijo Shmuel.

–¡Basta, Shmuel! Toma y cómetelo –dijo Bruno poniéndole los trozos de pollo en la mano.

Shmuel echó una última ojeada a la puerta y entonces tomó una decisión: se metió de golpe los tres trozos de pollo en la boca y se los **zampó**⁷⁰ en sólo veinte segundos. Bruno le advirtió que fuera más despacio porque le iba a sentar mal.

En ese instante, el teniente entró en la cocina y gritó muchísimo a Shmuel y empezó a temblar de miedo.

–¿Quién te ha dado permiso para hablar en esta casa? ¿Te atreves a desobedecerme? –gritó el teniente Kotler.

⁷⁰ **Zampar** significa comer con prisa, y con exceso.

–No, señor. Lo siento, señor –contestó Shmuel.

–¿Has estado comiendo? –volvió a preguntar el teniente Kotler muy enfadado.

Shmuel negó con la cabeza.

–Sí, has estado comiendo. ¿Has robado algo de la nevera? –preguntó el teniente.

–No, señor. Me lo ha dado él. Es mi amigo –dijo Shmuel llorando y señalando a Bruno.

–¿Cómo que es tu amigo? ¿Conoces a este niño, Bruno? ¿Has estado hablando con los prisioneros? –preguntó el teniente Kotler, mirando a Bruno.

Bruno nunca había visto a nadie con tanto miedo como Shmuel y quería decir algo para arreglar la situación, pero no podía, porque tenía tanto miedo como su amigo.

–Yo... Él estaba aquí cuando entré. Estaba limpiando esos vasos –dijo Bruno.

–Eso no es lo que te he preguntado. ¿Lo habías visto antes? ¿Habías hablado con él? ¿Por qué dice que eres amigo suyo? –insistió Kotler.

A Bruno le habría gustado echar a correr. Odiaba al teniente Kotler y éste se estaba acercando.

–Nunca había hablado con él. No lo había visto en mi vida. No lo conozco –contestó Bruno.

El teniente pareció satisfecho de la respuesta de Bruno. Muy lentamente, volvió la cabeza y miró a Shmuel, que ya no lloraba sino que tenía los ojos fijos en el suelo.

–Ahora termina de limpiar los vasos y después vendré a buscarte y te llevaré al campo y te explicaré lo que les pasa a los niños que roban. ¿Me has entendido? –dijo enfadado el teniente Kotler a Shmuel.

Shmuel afirmó con la cabeza, cogió otra servilleta y se puso a limpiar otro vaso. Bruno vio cómo le temblaban los dedos a Shmuel.

–Vamos, jovencito. Ve al salón, ponte a leer y deja que este asqueroso termine su trabajo –dijo el teniente Kotler a Bruno.

Bruno salió de la cocina sin mirar atrás. Estaba avergonzado por haber sido tan cruel y tan cobarde. Se preguntó cómo podía ser que un niño que se tenía por una buena persona pudiera actuar de forma tan cobarde con un amigo suyo. Se sentó en el salón y estuvo allí varias horas, aunque no se podía concentrar en su libro. No se atrevió a volver a la cocina hasta mucho tiempo más tarde, por la noche, cuando el teniente ya se había llevado a Shmuel.

Después de aquel día, Bruno fue todos los días a la alambrada, al lugar donde solían encontrarse, pero Shmuel nunca estaba allí. Pasó casi una semana y Bruno pensaba que Shmuel nunca le perdonaría, pero el séptimo día se llevó una gran alegría al ver que su amigo Shmuel estaba esperándolo sentado en el suelo con las piernas cruzadas, como siempre, y con la vista dirigida al suelo.

–Shmuel. Lo siento mucho, Shmuel. No se por qué lo hice. Di que me perdonas –dijo Bruno, sentándose junto a él. Casi lloraba de alivio y arrepentimiento.

–No pasa nada –contestó Shmuel. Tenía la cara llena de golpes.

–¿Qué te ha pasado? ¿Te has caído de la bicicleta? ¿Te duele? –preguntó Bruno.

–Ya no noto nada –contestó Shmuel.

–Oye, siento lo de la semana pasada. Odio al teniente Kotler. Se cree que manda él, pero se equivoca. Lo siento mu-

cho, Shmuel. No puedo creer que no le dijera la verdad. Nunca le había vuelto la espalda a un amigo mío. Me avergüenzo de mí mismo –se disculpó Bruno.

Shmuel sonrió. Entonces Bruno supo que lo había perdonado. A continuación Shmuel hizo algo que nunca había hecho: levantó la base de la alambrada como hacía cuando Bruno le llevaba comida, pero aquella vez metió la mano por el hueco y la dejó allí, esperando a que Bruno hiciera lo mismo, y entonces los dos niños se dieron la mano y se sonrieron.

Era la primera vez que se tocaban.

CAPÍTULO 15

EL CORTE DE PELO



Hacía casi un año que Bruno había llegado a Auchviz y ya casi no recordaba nada de la vida en Berlín. Ni siquiera recordaba el nombre de algún amigo suyo. Entonces sucedió algo que le hizo regresar a su antigua casa de Berlín durante dos días. La Abuela había muerto y debían ir al **funeral**⁷¹.

⁷¹ Un **funeral** es una ceremonia que se lleva a cabo para despedir a una persona que ha fallecido.

Bruno no había visto a su abuela desde que se fue de Berlín, pero había pensado en ella todos los días. Lo que mejor recordaba eran las obras de teatro que representaban el día de Navidad y en los cumpleaños, y que la Abuela siempre tenía el disfraz perfecto para el papel que le correspondía interpretar. Cuando pensó que nunca volverían a hacer teatro, se puso muy triste.

Los 2 días que pasaron en Berlín también fueron tristes. Se celebró el funeral, y Bruno, Gretel, Padre, Madre y el Abuelo se sentaron en primera fila. Madre explicó a Bruno que Padre era quien estaba más triste porque había discutido con la Abuela y no habían hecho las paces antes de que ella muriera.

Bruno casi se alegró cuando regresaron a Auchviz ya que la casa nueva se había convertido en su hogar. Poco a poco fue aceptando que no estaba tan mal vivir allí, sobre todo desde que conocía a Shmuel. En Auchviz había muchas cosas por las que alegrarse como que Padre y Madre siempre parecían contentos. Y Gretel no se metía mucho con Bruno.

Además, al teniente Kotler lo habían destinado a otro sitio y ya no estaba en Auchviz para hacer enfadar y fastidiar a Bruno continuamente.

Pero lo mejor era que Bruno tenía un amigo que se llamaba Shmuel.

A Bruno le encantaba echar a andar por la alambrada todas las tardes y se alegraba de ver que su amigo parecía mucho más contento últimamente y que ya no tenía los ojos tan hundidos, aunque seguía teniendo el cuerpo muy delgado y la cara muy pálida.

Un día, mientras estaba sentado frente a Shmuel, Bruno comentó:

–Ésta es la amistad más rara que he tenido jamás.

–¿Por qué? –preguntó Shmuel.

–Porque siempre he jugado con mis amigos y nosotros nunca jugamos. Lo único que hacemos es sentarnos aquí y hablar –explicó Bruno.

–A mí me gusta sentarme aquí y hablar –dijo Shmuel.

–Sí, a mí también. Pero es una lástima que no podamos hacer algo más emocionante de vez en cuando. Jugar a los exploradores, por ejemplo. O al fútbol. Ni siquiera nos hemos visto sin esta alambrada de por medio –le contestó Bruno.

–Quizá podamos jugar algún día, si nos dejan salir de aquí –dijo Shmuel.

Bruno empezó a pensar en los dos lados de la alambrada. Se planteó hablar con Padre o Madre sobre la alambrada, pero sospechaba que si hablaba con ellos se enfadarían o dirían algo desagradable de Shmuel y su familia. Así que hizo algo muy extraño en él, decidió hablar con Gretel.

Bruno se dirigió a la habitación de su hermana y después de saludarla le preguntó sobre la alambrada.

–Gretel, ¿puedo preguntarte una cosa? –preguntó Bruno.

–¿Qué quieres saber? –dijo Gretel.

–Quiero saber qué es esa alambrada. Quiero saber por qué está ahí –dijo Bruno.

–Pero ¿cómo? ¿No lo sabes? –preguntó Gretel con curiosidad.

–No, no entiendo por qué no nos dejan ir a jugar al otro lado –contestó Bruno.

Gretel lo miró fijamente y se echó a reír. Después le dijo:

–La alambrada no está ahí para impedir que nosotros vayamos al otro lado. Está para impedir que ellos vengan aquí.

–Pero ¿por qué? –preguntó Bruno.

–Porque hay que mantenerlos juntos –explicó Gretel.

–¿Con sus familias, quieres decir? –insistió Bruno.

–Sí, con sus familias. Pero también con los de su clase.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Bruno.

–Con los otros judíos, Bruno. No pueden mezclarse con nosotros –le dijo Gretel.

–Judíos. Toda la gente que hay al otro lado de la alambrada es judía –comprendió Bruno.

–Exacto –confirmó Gretel.

–¿Nosotros somos judíos? –preguntó Bruno.

–No, Bruno. Claro que no. Y eso no deberías ni decirlo –exclamó Gretel.

–¿Por qué? Entonces ¿qué somos nosotros? –preguntó Bruno.

–Nosotros somos... Nosotros somos... –repitió Gretel, pues no estaba muy segura de la respuesta–. Mira, nosotros no somos judíos –dijo al final.

–Eso ya lo sé. Lo que te pregunto es qué somos, si no somos judíos –dijo Bruno.

–Somos lo contrario. Nosotros somos lo contrario –le contestó Gretel.

–Ah, vale. Y los contrarios vivimos en este lado de la alambrada y los judíos en el otro. ¿Es que a los judíos no les gustan los contrarios? –preguntó Bruno.

–No, es a nosotros a quienes no nos gustan ellos, estúpido –le contestó Gretel.

A Gretel le habían dicho muchas veces que no debía llamar estúpido a su hermano, pero aun así ella seguía haciéndolo.

–¿Y por qué no nos gustan? –preguntó Bruno.

–Porque son judíos –explicó Gretel.

–Ya entiendo, los contrarios y los judíos no se llevan bien.

–Exacto –dijo Gretel mientras descubría algo raro en su pelo.

De repente, Gretel empezó a chillar porque había encontrado un huevo diminuto en el pelo de Bruno. Se lo enseñó a su Madre, que examinó el cabello de los dos niños. Resultó que los dos tenían piojos.

A los dos les lavaron el pelo con un champú que olía muy mal pero además a Bruno le afeitaron la cabeza. Padre dijo que había que hacerlo a pesar de que Bruno no paraba de llorar al ver cómo todo su pelo caía.

–Esto ha pasado por culpa de toda la porquería que hay por aquí, no entiendo como ciertas personas no se dan cuenta del efecto que este lugar está teniendo sobre nosotros –le dijo Madre.

Cuando Bruno se vio en el espejo pensó que se parecía mucho a Shmuel y se preguntó si todos del otro lado de la alambrada también tenían piojos y por eso los habían **rapado**⁷².

Al día siguiente, cuando Shmuel vio a Bruno, se echó a reír.

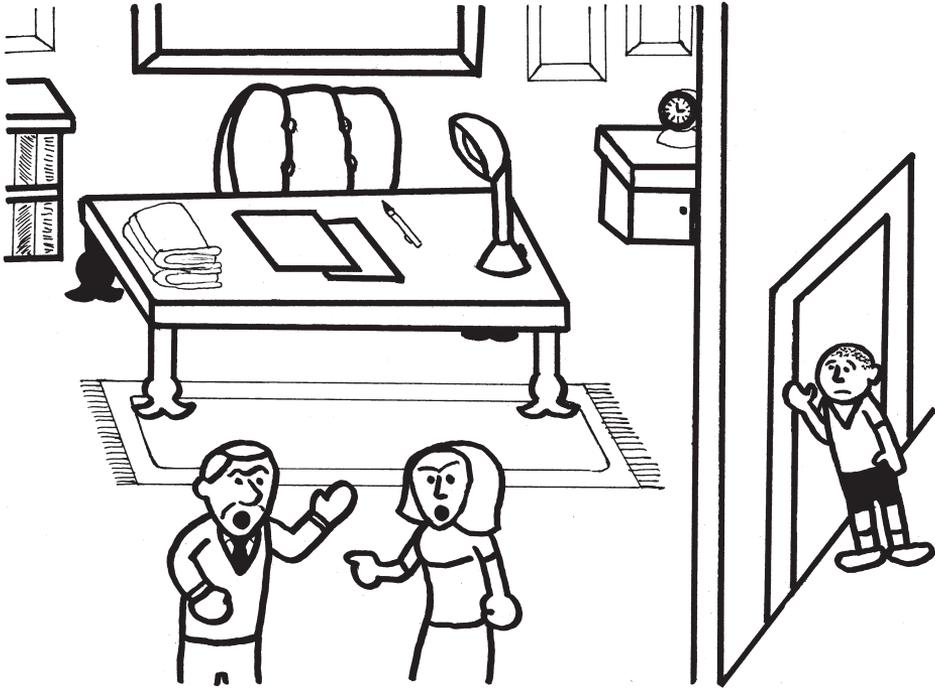
–Me parezco a ti –dijo Bruno con tristeza, como si eso fuera algo terrible.

–Sí, aunque más gordo –reconoció Shmuel.

⁷² **Rapar** es cortar el pelo al rape, es decir, cortado a la raíz o al cero. Llevar la cabeza rapada es llevar la cabeza totalmente rasurada, sin pelos.

CAPÍTULO 16

MADRE SE SALE CON LA SUYA



Durante las semanas siguientes Madre parecía muy descontenta con la vida en Auchviz y Bruno sabía por qué estaba triste. Antes él también odiaba aquel lugar porque no podía compararse con su vida en Berlín y echaba de menos muchas cosas, como sus tres mejores amigos. Ahora todo había cambiado gracias a Shmuel, que se había convertido en una persona muy importante para él. Pero Madre no tenía a nadie con quién hablar.

Bruno no quería escuchar a escondidas, pero una tarde pasó por delante del despacho de Padre mientras Madre y Padre estaban dentro hablando. Bruno no quería escuchar, pero sus padres hablaban en voz tan alta que los oyó.

–Es horrible, ya no soporto vivir aquí –decía Madre.

–No tenemos alternativa, éste es nuestro trabajo y...
–contestó Padre.

–No, éste es tu trabajo. Tu trabajo, no el nuestro. Si quieres, puedes quedarte aquí –le interrumpió Madre.

–¿Y qué pensará la gente si permito que tú y los niños volváis a Berlín sin mí? Harán preguntas sobre el trabajo que hago aquí –dijo Padre.

–¿Trabajo? ¿A esto llamas trabajo? –gritó Madre.

Bruno no oyó mucho más porque las voces se estaban acercando a la puerta, así que subió la escalera muy deprisa para que no lo vieran. Sin embargo, había oído suficiente para saber que tal vez regresaran a Berlín, y le sorprendió comprobar que no sabía qué sentir por esa noticia.

Recordaba que le encantaba vivir en Berlín, pero seguro que allí habían cambiado mucho las cosas. Seguramente sus amigos se habrían olvidado de él. La Abuela había muerto y casi nunca tenía noticias del Abuelo.

Pero Bruno se había acostumbrado a la vida en Auchvitz: no le importaba aguantar al profesor Liszt, se llevaba muy bien con María, la criada, Gretel lo dejaba en paz (y ya no parecía tan tonta), y sus tardes conversando con Shmuel lo llenaban de alegría.

Bruno estaba confundido, no sabía cómo sentirse y decidió que, pasara lo que pasara, aceptaría la decisión de sus padres sin protestar.

Durante unas semanas nada cambió. Padre pasaba mucho tiempo en su despacho o al otro lado de la alambrada. Madre estaba muy callada durante todo el día y dormía mucho, además bebía demasiado **licor medicinal**⁷³ (Bruno estaba preocupado por su salud, porque no conocía a nadie que necesitara tomar tanto licor medicinal). Gretel se dedicaba a consultar periódicos en su habitación y coleccionar mapas sobre la guerra. Y Bruno hacía exactamente lo que le pedían sin causar ningún problema y disfrutaba de su amigo secreto del que nadie sabía nada.

Hasta que un buen día, Padre llamó a Bruno y Gretel a su despacho y les comunicó los cambios que se acercaban.

–Sentaos, niños. Hemos decidido vuestra madre y yo realizar ciertos cambios. Decidme: ¿sois felices aquí? –preguntó Padre.

–Sí, Padre, por supuesto –respondió Gretel.

–Sí, Padre –contestó Bruno.

–¿Y nunca echáis de menos Berlín? –volvió a preguntar Padre.

–Bueno, yo sí lo echo mucho de menos, no me importaría volver a tener amigas –dijo Gretel.

–Amigas. Sí, he pensado a menudo en eso. A veces te habrás sentido sola –dijo Padre.

–Sí, muy sola –confirmó Gretel.

–¿Y tú, Bruno? ¿Echas de menos a tus amigos? –preguntó Padre.

–Pues sí, pero creo que allá donde fuese siempre echaría de menos a alguien –respondió Bruno.

⁷³ **Licor medicinal** es un licor que se hace con algunas plantas que tienen propiedades medicinales.

–Pero, ¿te gustaría volver a Berlín con Madre y Gretel?
–preguntó Padre.

–Bueno, si tú no vienes no me gustaría –respondió Bruno.

–Entonces ¿preferirías quedarte aquí conmigo? –preguntó Padre.

–Preferiría que los 4 continuáramos juntos. En Berlín o en Auchviz –contestó Bruno.

–Me temo que de momento eso no será posible. Tengo que seguir en este puesto y de momento no puedo irme. Por otra parte, Madre cree que éste es un buen momento para que los 3 volváis a la casa de Berlín. Pensándolo bien, quizá Madre tenga razón. Quizá éste no es un lugar adecuado para criar a dos niños –dijo Padre.

–Pues aquí hay cientos de niños. Lo que pasa es que están al otro lado de la alambrada –dijo Bruno, sin pensar lo que decía.

Tras ese comentario hubo un gran silencio y Padre y Gretel miraron a Bruno con asombro.

–¿Qué quieres decir con que al otro lado de la alambrada hay cientos de niños? ¿Qué sabes tú sobre lo que pasa allí?
–preguntó Padre.

Bruno abrió la boca para responder pero temía meterse en problemas si hablaba demasiado.

–Los veo desde la ventana de mi cuarto y todos llevan pijama de rayas, aunque están muy lejos –dijo Bruno finalmente.

–Ya, el pijama de rayas. ¿Y has estado observándolos?
–preguntó Padre.

–Bueno, los he visto –contestó Bruno.

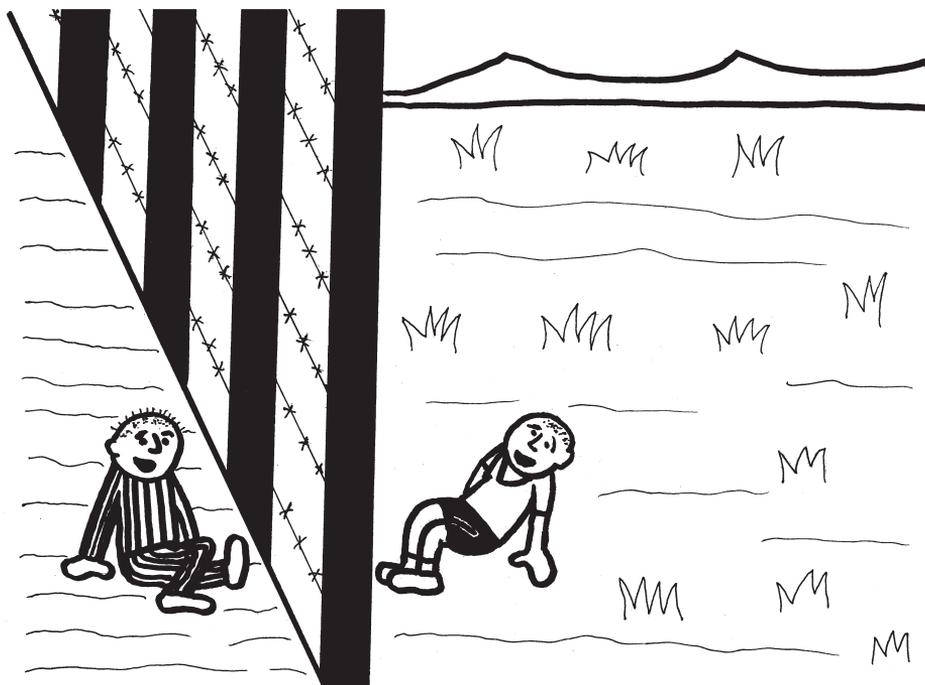
–Muy bien, Bruno. Madre tiene razón, lleváis mucho tiempo aquí, ya es hora de que volváis a la casa de Berlín –dijo Padre.

Y así fue como se tomó la decisión. Enviaron un aviso para que limpiaran la casa a fondo y Padre anunció que Madre, Gretel y Bruno regresarían a Berlín la semana siguiente.

Volver a Berlín no le producía a Bruno tanta ilusión como habría podido imaginar y además no tenía ninguna gana de comunicarle a Shmuel que se tenía que marchar.

CAPÍTULO 17

CÓMO SE IDEÓ LA AVENTURA FINAL



El día después de que Padre dijera a Bruno que pronto volvería a Berlín, Shmuel no fue a la alambrada como era habitual. Tampoco apareció al día siguiente. El tercer día, cuando Bruno llegó allí, no estaba; esperó diez minutos y estaba a punto de volver a casa, muy preocupado por tener que marcharse de Auchviz sin haberse despedido de su amigo, cuando a lo lejos vio acercarse a Shmuel.

Bruno sonrió al verlo sentarse en el suelo y sacó de su bolsillo el trozo de pan y la manzana que había llevado de casa para dárselos. Vio que su amigo estaba más triste que de costumbre y tampoco cogió la comida con el mismo entusiasmo de siempre.

–Pensaba que ya no vendrías. Vine ayer y anteayer y no estabas –dijo Bruno.

–Lo siento. Es que ha pasado una cosa –dijo Shmuel.

Bruno lo miró, intentando adivinar qué le podía haber pasado.

–¿Qué? ¿Qué ha pasado? –preguntó Bruno.

–Mi padre. No lo encontramos –dijo Shmuel.

–¿Que no lo encontráis? Eso es muy raro. ¿Qué quieres decir? ¿Que se ha perdido? –preguntó Bruno.

–Supongo. El lunes estaba aquí, luego se marchó a hacer su turno de trabajo con unos cuantos hombres más y ninguno ha regresado todavía.

–¿Y no te ha escrito ninguna carta? ¿No te ha dejado ninguna nota diciendo cuándo piensa volver? –preguntó Bruno.

–No –contestó Shmuel.

–Qué raro. ¿Ya lo has buscado bien? –preguntó Bruno.

–Claro que lo he buscado –dijo Shmuel.

–¿Y no has encontrado rastro de él?

–No, ni rastro.

–Pues eso es muy extraño. Pero seguramente tiene una explicación muy sencilla –dijo Bruno.

–¿Y cuál es? –preguntó Shmuel.

–Supongo que habrán llevado a los hombres a trabajar a otro pueblo y que tendrán que quedarse allí unos días, hasta

que terminen su trabajo. Ya verás como no tarda en aparecer –contestó Bruno.

–Eso espero. No sé qué vamos a hacer sin él –dijo Shmuel, que estaba a punto de llorar.

–Si quieres puedo preguntarle a Padre si sabe algo –dijo Bruno, aunque confiando en que su amigo dijera que no.

–No creo que sea una buena idea –dijo Shmuel, lo cual produjo cierta **inquietud**⁷⁴ en Bruno, pues no era un rechazo rotundo de su ofrecimiento.

–¿Por qué no? Padre está muy informado de todo lo que ocurre al otro lado de la alambrada –insistió Bruno.

–Me parece que a los soldados no les caemos bien. Bueno, sé muy bien que no les caemos bien. Nos odian –añadió Shmuel.

–Estoy seguro de que no es así –contestó Bruno.

–Sí, nos odian. Pero eso no me importa, porque yo también los odio. ¡Los odio! –insistió Shmuel con mucha rabia.

–Pero a Padre no lo odias, ¿verdad? –preguntó Bruno.

Shmuel se mordió el labio inferior y no dijo nada. Había visto al padre de Bruno en varias ocasiones y no entendía cómo aquel hombre podría tener un hijo tan simpático y amable.

–En fin, yo también tengo que contarte una cosa –dijo Bruno tras una pausa, pues no quería seguir hablando de aquel asunto.

–¿Ah, sí? –dijo Shmuel.

–Sí, que voy a volver a Berlín.

–¿Cuándo? –preguntó Shmuel con cara de sorpresa.

⁷⁴ **Inquietud** aquí se refiere a una sensación de preocupación por alguna causa.

–A ver, hoy es jueves. Y nos vamos el sábado. Después de comer –respondió Bruno.

–Pero ¿cuánto tiempo vas a estar fuera? –siguió preguntando Shmuel.

–Creo que nos vamos para siempre. A Madre no le gusta Auchviz, dice que no es un sitio adecuado para criar a dos hijos, así que Padre va a quedarse trabajando aquí, pero los demás volvemos al hogar de Berlín –respondió Bruno.

–Entonces ¿no volveré a verte? –preguntó Shmuel.

–Bueno, sí, algún día. Podrías venir de vacaciones a Berlín. Al fin y al cabo, no te quedarás aquí para siempre, ¿no? –dijo Bruno.

Shmuel negó con la cabeza.

–Supongo que no. Cuando te marches, ya no tendré nadie con quien hablar –dijo Shmuel con tristeza.

–Ya. Así que hasta mañana, que nos veremos por última vez. Mañana tendremos que despedirnos. Procuraré traerte un regalo especial –dijo Bruno. Quería añadir “Yo también te echaré de menos, Shmuel”, pero le dio un poco de vergüenza.

Shmuel movió la cabeza, pero no encontraba palabras para expresar la pena que sentía.

–Me habría gustado poder jugar contigo. Aunque sólo fuera una vez. Sólo para tener algo que recordar –dijo Bruno tras una larga pausa.

–A mí también –coincidió Shmuel.

–Llevamos más de un año hablando y no hemos podido jugar ni una sola vez. ¿Y sabes otra cosa? Todo este tiempo he estado observando dónde vives desde la ventana de mi dormitorio, pero nunca he visto por mí mismo cómo es –dijo Bruno.

–No te gustaría. Tu casa es mucho más bonita –dijo Shmuel.

–Ya, pero me habría gustado ver la tuya –comentó Bruno.

Shmuel se inclinó y levantó un poco la alambrada, hasta formar un hueco por donde habría podido colarse un niño pequeño, quizá de la estatura y el tamaño de Bruno.

–¿Por qué no pasas? –propuso Shmuel.

–No creo que me dejen –contestó Bruno.

–Bueno, seguramente tampoco te dejan venir aquí todos los días y hablar conmigo. Pero aun así lo haces, ¿no? –dijo Shmuel.

–Pero si me descubrieran me castigarían –razonó Bruno.

–En eso tienes razón. Supongo que mañana nos veremos y nos despediremos –dijo Shmuel. Soltó la alambrada y se quedó mirando el suelo con lágrimas en los ojos.

Los dos se quedaron callados un momento. De pronto Bruno tuvo una idea genial.

–A no ser... Dijiste que me parecería a ti, ¿recuerdas? Porque me habían afeitado la cabeza –dijo Bruno. Se tocó la rapada cabeza, el pelo todavía había crecido muy poco.

–Sí, pero más gordo –contestó Shmuel.

–Pues aprovechando que me parezco a ti, y si tuviera también un pijama de rayas, podría ir de visita al otro lado sin que se enterara nadie –afirmó Bruno.

Shmuel sonrió de oreja a oreja y el rostro se le alegró.

–¿Estas seguro? ¿Lo harías? –preguntó Shmuel.

–Claro. Sería una aventura estupenda. Nuestra aventura final. Por fin podría explorar un poco –dijo Bruno.

–Y podrías ayudarme a encontrar a mi padre –dijo Shmuel.

–¿Por qué no? Daremos un paseo y veremos si encontramos alguna pista. El único problema es que necesitamos otro pijama de rayas –dijo Bruno.

–Eso tiene fácil arreglo. Los guardan en una cabaña. Puedo sacar uno de mi talla y traerlo. Entonces tú te cambias y vamos a buscar a mi padre –dijo Shmuel.

–Perfecto. Entonces quedamos así –dijo Bruno.

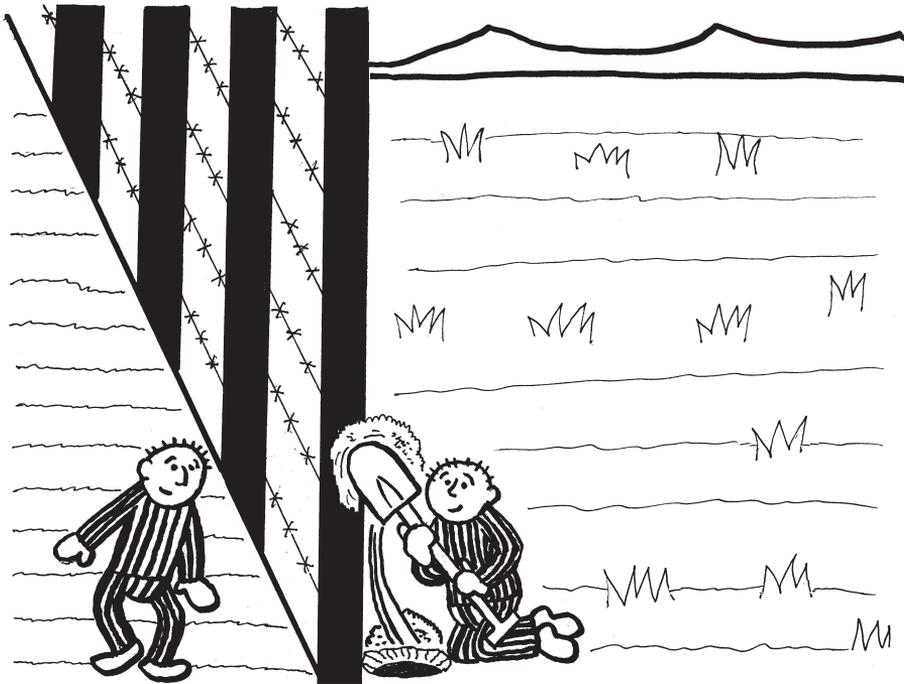
–Nos encontramos aquí mañana a la misma hora –dijo Shmuel.

–Procura no llegar tarde esta vez. Y no te olvides del pijama de rayas –le contestó Bruno mientras se levantaba y se sacudía el polvo de la ropa.

Aquella tarde, los dos niños se marcharon a casa muy animados. Bruno estaba feliz porque iba a tener una gran aventura. Por fin tendría la oportunidad de ver qué pasaba al otro lado de la alambrada antes de volver a Berlín. Shmuel veía una ocasión para que alguien lo ayudara a encontrar a su padre. Para ambos parecía un plan muy sensato y una excelente manera de despedirse.

CAPÍTULO 18

LO QUE PASÓ AL DÍA SIGUIENTE



El día siguiente, viernes, también fue lluvioso. Cuando se despertó por la mañana, Bruno se asomó a la ventana y se llevó una decepción al ver que llovía mucho. De no ser porque aquélla iba a ser la última vez que se encontraría con Shmuel y poder pasar un rato juntos, habría dejado el encuentro previsto para otro día.

Sin embargo, todavía era temprano y podían pasar muchas cosas desde aquel momento hasta última hora de la tarde, que era cuando solían encontrarse los dos amigos. Seguramente para entonces habría parado de llover.

Durante las clases de la mañana con el profesor Liszt, Bruno miró una y otra vez por la ventana y veía que seguía lloviendo. A la hora de comer, miró por la ventana de la cocina y comprobó que estaba dejando de llover y comenzaba a salir el sol. Por la tarde siguió mirando por la ventana, pero la lluvia apareció de nuevo con más fuerza.

Por fortuna, paró de llover cuando el profesor estaba a punto de marcharse, así que Bruno se puso unas botas y su pesado abrigo, esperó a que no hubiera nadie a la vista y salió de la casa.

En el camino había mucho barro y a Bruno le gustaba pisarlo con sus botas. Bruno miró al cielo y, aunque todavía estaba muy oscuro, pensó que, como ya había llovido mucho, no llovería más esa tarde.

Cuando Bruno llegó al tramo de la alambrada donde solían encontrarse, Shmuel estaba esperándolo, y por primera vez no estaba sentado con las piernas cruzadas, sino de pie y apoyado contra la alambrada.

–Hola, Bruno –dijo Shmuel cuando llegó su amigo.

–Hola, Shmuel.

–No estaba seguro de volver a vernos. Por la lluvia y eso. Pensé que quizá te quedarías en casa –dijo Shmuel.

–Yo tampoco estaba seguro de poder venir. Hacía muy mal tiempo –dijo Bruno.

Shmuel extendió los brazos hacia Bruno y le mostró unos pantalones de pijama, una camisa de pijama y una gorra de tela idénticos a los que vestía él.

–¿Todavía quieres ayudarme a encontrar a mi padre?
–preguntó Shmuel.

–Por supuesto –contestó Bruno, que tenía mucho interés en explorar lo que había al otro lado de la alambrada.

Shmuel levantó la parte inferior de la alambrada y le pasó la ropa.

–Gracias. Date la vuelta. No quiero que me mires mientras me cambio de ropa –dijo Bruno.

Shmuel obedeció, Bruno se quitó el abrigo y lo dejó con cuidado en el suelo. Luego se quitó la camisa y sintió frío. Cuando se ponía la camisa del pijama averiguó que olía muy mal. Finalmente se quitó sus pantalones y se puso los pantalones del pijama.

–Ya está. Ya puedes mirar –dijo Bruno una vez que se había cambiado de ropa.

Bruno parecía otro niño más. Con el traje de rayas era muy parecido a los demás.

–Esto me recuerda a la Abuela. Me recuerda a las obras de teatro que preparaba con Gretel y conmigo. Siempre tenía disfraces para mí. Supongo que eso es lo que estoy haciendo ahora, ¿no? Fingir que soy una persona del otro lado de la alambrada –dijo Bruno.

–Quieres decir un judío –contestó Shmuel.

–Sí. Exacto –afirmó Bruno.

–Vas a tener que dejar tus botas aquí –dijo Shmuel.

–Pero... ¿y el barro? No querrás que vaya descalzo, ¿verdad? –preguntó Bruno.

–Si vas con esas botas te reconocerán. No tienes opción –contestó Shmuel.

Bruno se quitó las botas y los calcetines y los dejó junto al resto de su ropa. Al principio le produjo una sensación muy

desagradable pisar descalzo el barro, pero luego empezó a gustarle.

Shmuel se agachó y levantó la base de la alambrada y Bruno se arrastró por debajo y su pijama de rayas quedó completamente **embarrado**⁷⁵. Nunca había estado tan sucio y le encantaba.

Shmuel y Bruno se rieron y ambos se quedaron juntos, de pie, sin saber muy bien qué hacer, pues no estaban acostumbrados a estar en el mismo lado de la alambrada.

Bruno sintió ganas de abrazar a Shmuel y decirle lo bien que le caía y cuánto había disfrutado hablando con él durante todo ese año. Por su parte, Shmuel sintió ganas de abrazar a Bruno y darle las gracias por sus muchos detalles, por todas las veces que le había llevado comida y porque iba a ayudarlo a encontrar a su padre. Pero no se abrazaron.

Echaron a andar hacia el interior del campo alejándose de la alambrada, un recorrido que Shmuel había hecho casi todos los días desde hacía un año, desde que conoció a Bruno.

No tardaron en llegar a donde iban. Bruno estaba dispuesto a maravillarse ante las cosas que vería. Había imaginado que en las cabañas vivían familias felices y que algunas familias, al anochecer, se sentarían fuera en mecedoras para contarse historias. Pensaba que todos los niños y niñas que vivían allí estarían jugando al tenis o al fútbol, brincando o trazando cuadrados en el suelo para jugar al **tejo**⁷⁶.

Había imaginado que habría una tienda en el centro y quizá una pequeña cafetería como las de Berlín. Y se había preguntado si habría un puesto de fruta y verdura.

⁷⁵ Aquí **embarrado** significa lleno de barro.

⁷⁶ El **tejo** es un juego en el que se emplea un pequeño pedazo de teja o cosa parecida y se lanza para tirar una serie de piezas levantadas en el suelo.

Pero resultó que todas las cosas que esperaba ver no existían. No había personas adultas sentadas en mecedoras. Y los niños no jugaban en grupos. Tampoco había ningún puesto de fruta y verdura, ni ninguna cafetería.

Lo único que había era grupos de individuos sentados, con la mirada dirigida al suelo y con mucha tristeza. Todos estaban muy delgados, tenían los ojos hundidos y llevaban la cabeza rapada.

En una esquina vio a 3 soldados que parecían mandar a unos 20 hombres con pijama de rayas. Les estaban gritando. Algunos hombres habían caído de rodillas y se protegían la cabeza con las manos.

En otra esquina había más soldados, riendo y apuntando sus fusiles hacia un lado y otro pero sin disparar.

Allá donde mirase, lo único que veía era dos clases de personas: alegres soldados uniformados que reían y gritaban, y personas cabizbajas con su pijama de rayas, la mayoría con la mirada perdida, como si se hubieran dormido con los ojos abiertos.

–Me parece que esto no me gusta –declaró Bruno al cabo de un rato.

–A mí tampoco –coincidió Shmuel.

–Me parece que debería irme a casa –dijo Bruno.

Shmuel se detuvo y miró fijamente a su amigo.

–Pero ¿y mi padre? Dijiste que me ayudarías a buscarlo –dijo Shmuel.

Bruno se lo pensó. Le había hecho una promesa a su amigo y él no era de los que faltan a su palabra, sobre todo tratándose de la última vez que iban a verse.

–Está bien. Pero ¿dónde lo buscamos? –preguntó Bruno.

–Dijiste que teníamos que encontrar pistas –le recordó Shmuel. Pensaba que Bruno era la única persona que podía ayudarlo.

–Sí, pistas. Tienes razón. Vamos allá –dijo Bruno.

Bruno cumplió su promesa y los dos niños pasaron una hora y media buscando pistas. No estaban muy seguros de qué andaban buscando. No encontraron nada que los orientara acerca del paradero del padre de Shmuel, y empezaba a oscurecer.

Bruno miró al cielo, que volvía a estar cubierto, como si fuera a llover.

–Lo siento, Shmuel. Lamento que no hayamos encontrado ninguna pista de tu padre –dijo Bruno.

En realidad Shmuel no estaba sorprendido. En realidad no esperaba encontrar nada. Pero de todas maneras le había gustado que su amigo pasara al otro lado de la alambrada para ver dónde vivía él.

–Creo que debería irme a mi casa. ¿Me acompañas hasta la alambrada? –preguntó Bruno.

Shmuel abrió la boca para contestar, pero en ese momento se oyó un fuerte silbato y unos 10 soldados rodearon una zona del campamento, la zona en que se encontraban Bruno y Shmuel.

–¿Qué pasa? ¿Qué significa esto? –preguntó Bruno.

–A veces pasa. Organizan marchas –contestó Shmuel.

–¿Marchas? Yo no puedo participar en una marcha. Tengo que llegar a casa antes de la hora de cenar –dijo Bruno.

–¡Chist! –dijo Shmuel llevándose un dedo a los labios–. No digas nada o se enfadaran.

Bruno sintió alivio al ver que todas las personas vestidas con pijama de rayas de aquella parte se estaban congregando, y que a la mayoría los juntaban los soldados a empujones, así que Shmuel y él quedaron escondidos en el centro del grupo, donde no se los veía.

No sabía por qué parecían todos tan asustados (al fin y al cabo, hacer una marcha no era tan terrible). Le habría gustado decirles que no se preocuparan, que Padre era el comandante, y que si él quería que la gente hiciera aquellas cosas, no habría nada que temer.

Volvieron a sonar los silbatos y el grupo, formado por cerca de un centenar de personas, empezó a avanzar despacio, con Bruno y Shmuel en el centro. Se oía un poco de alboroto hacia el fondo, donde algunas personas no querían desfilar, pero Bruno era demasiado bajito para ver qué pasaba y lo único que oyó fueron disparos, aunque no lo sabía con certeza.

—¿Dura mucho la marcha? —preguntó Bruno, que ya empezaba a tener hambre.

—Me parece que no. Nunca he vuelto a ver a nadie que haya ido a hacer una marcha. Pero supongo que no —contestó Shmuel.

Bruno miró el cielo y escuchó el ruido de un trueno. El cielo se oscureció más y empezó a llover a cántaros, aún más fuerte que por la mañana. Bruno cerró los ojos y sintió cómo lo mojaba la lluvia. Cuando volvió a abrirlos, ya no estaba desfilando, sino más bien siendo arrastrado por toda aquella gente. Deseaba estar en su casa, contemplando el espectáculo desde lejos, y no arrastrado por aquella multitud.

—Bueno, basta. Aquí me voy a resfriar. Tengo que irme a casa —le dijo a Shmuel.

Pero apenas lo dijo, sus pies subieron unos escalones y, sin detenerse, comprobó que ya no se mojaba porque estaban todos amontonados en un **recinto**⁷⁷ largo y cálido. No entraba ni una sola gota de agua.

⁷⁷ Un **recinto** es un espacio, sitio o lugar que tiene límites.

–Bueno, menos mal. Supongo que esperaremos aquí hasta que deje de llover y que luego podré marcharme a casa –comentó Bruno, alegrándose de haberse librado de la tormenta.

Shmuel se pegó cuanto pudo a Bruno y lo miró con cara de miedo.

–Lamento que no hayamos encontrado a tu padre –dijo Bruno.

–No pasa nada –contestó Shmuel.

–Y lamento que no hayamos podido jugar, pero lo haremos cuando vayas a visitarme. En Berlín te presentaré a... ¿cómo se llamaban? –se preguntó Bruno y se extrañó de no recordar el nombre de sus tres mejores amigos de toda la vida.

Bruno le explicaba a Shmuel que no importaba que recordara o no los nombres de sus amigos, porque ellos ya no eran sus mejores amigos. Cogió una mano de Shmuel y se la apretó con fuerza.

–Tú eres mi mejor amigo. Mi mejor amigo para toda la vida –dijo Bruno.

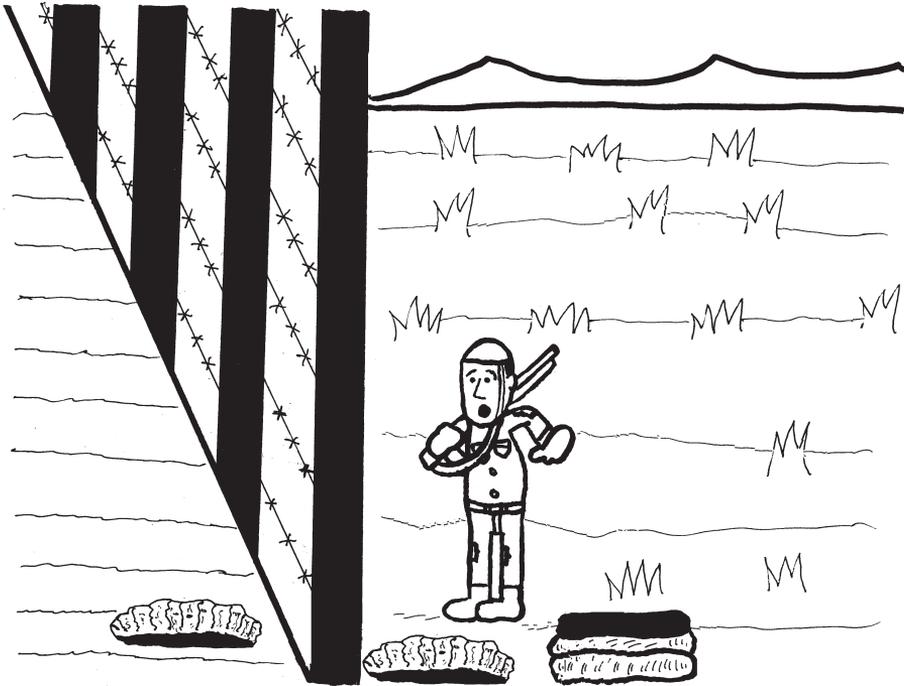
Shmuel abrió la boca para contestar, pero Bruno nunca escuchó lo que dijo porque en aquel momento se oían gritos de todas las personas del pijama de rayas que estaban allí, y al mismo tiempo la puerta se cerró con un fuerte sonido metálico.

Bruno no entendía qué pasaba, pero supuso que tenía que ver con protegerlos de la lluvia para que la gente no se resfriara.

Y entonces la larga habitación quedó a oscuras. Pese al desorden que se produjo, Bruno logró seguir sujetando la mano de Shmuel. No la habría soltado por nada del mundo.

CAPÍTULO 19

EL ÚLTIMO CAPÍTULO



Después de aquello, no se volvió a saber nada de Bruno. Había desaparecido.

Varios días más tarde, después de que los soldados hubieran registrado muy a fondo los alrededores y recorrido los pueblos cercanos con fotografías del niño, uno de ellos encontró el montón de ropa y las botas que Bruno había dejado junto a la alambrada. No tocó nada y corrió en busca del coman-

dante. Éste examinó el lugar y miró a derecha e izquierda, tal como había hecho Bruno, pero no logró explicarse qué le había pasado a su hijo. Era como si hubiera desaparecido dejando sólo su ropa.

Madre no regresó a Berlín tan deprisa como había pensado. Se quedó en Auchviz varios meses, esperando noticias de Bruno, hasta que un día, de repente, pensó que quizá su hijo había vuelto a casa solo. Entonces regresó inmediatamente a su antiguo hogar, con la vaga esperanza de encontrarlo sentado en el escalón de la puerta, esperándola.

No estaba allí, por supuesto.

Gretel también regresó a Berlín, y pasaba mucho rato a solas en su habitación, llorando, pero no porque había tirado todas sus muñecas y dejado todos sus mapas en Auchviz, sino porque echaba mucho de menos a Bruno.

Padre se quedó en Auchviz un año más y acabó ganándose la antipatía de los otros soldados, a quienes trataba sin piedad. Todas las noches se acostaba pensando en Bruno y todas las mañanas se despertaba pensando en Bruno. Un día pensó sobre lo que podía haberle ocurrido y volvió al tramo de la alambrada donde un año atrás habían encontrado la ropa de su hijo.

Aquel lugar no tenía nada especial ni diferente, pero Padre exploró un poco y descubrió que la base de la alambrada no estaba bien sujeta al suelo, como en los otros sitios, y que al levantarla dejaba un hueco lo bastante grande para que una persona muy pequeña, quizá un niño, se colara por debajo. Entonces miró a lo lejos y poco a poco fue relacionando todo lo que pudo ocurrir, y notó que las piernas empezaban a fallarle, como si ya no pudieran sostener su cuerpo. Acabó sentándose en el suelo y adoptando casi la misma postura que Bruno había adoptado todas las tardes durante un año.

Unos meses más tarde, llegaron otros soldados a Auchviz y ordenaron a Padre que los acompañara, y él fue sin protestar y se alegró de hacerlo porque ya no le importaba lo que le hicieran.

Y así termina la historia de Bruno y su familia. Todo esto, por supuesto, pasó hace mucho, mucho tiempo, y nunca podría volver a pasar nada parecido.

Hoy en día, NO.

